

# CRISTIANDAD

Año XVIII - Núm. 365

BARCELONA

JULIO 1961

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depto. legal. B. 15.860-1958

## ESPIRITU DE MUTUA COMPRENSION Y DE PERDON

### Alocución del Papa en la festividad de San Pedro

Amados hijos:

En todos los lugares de la tierra los santos patronos de las diversas iglesias son venerados en el día que se celebra la festividad de cada uno.

San Pedro y San Pablo son venerados en todas partes del mundo por la más alta dignidad de su misión manifestada en los designios de Cristo.

De hecho San León Magno cuyos despojos mortales reposan junto a la Confesión —formando corona con los Papas más insignes de la antigüedad—, dice que los apóstoles Pedro y Pablo, heraldos primeros del Evangelio son conjuntamente objeto de culto extraordinario en esta Urbe gloriosa, centro de la cristiandad, por haber en ella sufrido el martirio y señalado en Roma el inicio de su universal exaltación.

¡Qué bellas palabras para esta fiesta, *in die martyrii laetítide principatus!* (S. Leonis Papae - *Sermo I in natali App. Petri et Pauli*).

«Estos son en verdad los grandes personajes que te han hecho resplandecer ante ti ¡oh Roma! el Evangelio de Cristo; y de maestra que eras del error te han convertido en discípula de la verdad.»

Y añade aún San León:

«Pedro y Pablo son verdaderamente tus padres y pastores. Han inscrito tu nombre en el reino celestial y te han edificado Iglesia de Cristo con éxito más feliz, ¡oh Roma! que aquellos que construyeron tus murallas. Es a su mérito apostólico al que se vinculan las glorias singulares de tu historia y el honor de ser proclamada gente santa, pueblo elegido, ciudad sacerdotal y regia, puesta en condiciones de presidir desde la cátedra de Pedro una dominación

espiritual del mundo entero más grávida de victorias y con derecho de imperio sobre la tierra y sus mares, y con más vasta fortuna que la de sus antiguos conquistadores» (*ibid.*).

Qué comparación, estremecedora, ¡oh Roma! se siente ante aquellas monumentales palabras: *bellicus labor et pax christiana*, que representan tu máxima gloria y tu más luminoso destino. Contienen el misterio y la admonición de los tiempos nuevos: el *aut aut* del próximo o no lejano porvenir de los pueblos y de los tiempos.

Amados hijos, que el Señor por la intercesión de sus Santos os preserve de todo mal y conserve en su paz.

Es en la suavidad de esta paz cristiana que el buen pueblo de Roma quiere honrar a San Pedro, príncipe y cabeza de la Iglesia universal en el día de su fiesta.

Esta basílica, fulgente de majestad, única en el mundo, recibe hoy el homenaje familiar de los hijos de Roma a los que se unen innumerables visitantes y peregrinos que concurren de todas las partes del mundo.

Roma es grande y fascinante: pero sobre todo es grande el templo del príncipe de los Apóstoles.

El humilde sucesor de San Pedro —el 261 de la serie— desde la tarde de ayer ha cumplido el deber sagrado de iniciar la celebración de la gran festividad presidiendo las vísperas plácidas y melodiosas de la liturgia, acompañado del esplendor de su religiosa familia: sacro colegio de cardenales y diversos órdenes de la prelatura, a los que se unieron altos repre-

sentantes y multitud noble y devota de pueblo fiel de la ciudad y de lenguas y razas diversas.

Conmovera fue al anochecer para Nuestro espíritu la bendición de los sacros palios, y luego la visita a la cripta preciosa que guarda la sagrada memoria del Apóstol Pedro, a cuya estatua de bronce hemos besado después devotamente el pie.

Esta mañana nos ha complacido volver a este altar bendito, elevando la divina oblación *pro universo mundo*. Seguirá *prima* y después al mediodía otras solemnes ceremonias en honor de San Pedro y San Pablo, *et more solito* la visita de los fieles que vienen de toda Roma.

¡Ah! esta peregrinación popular de los hijos de la Urbe, es en verdad alegre e impotente, cuando parece admirarla no como espectáculo de simple costumbre tradicional siguiendo con sus ágiles pasos y ojos abiertos a la magnificencia del templo máximo de la cristiandad, sino como espectáculo de sagrada compenetración de espíritu, de corazones silenciosos y ardientes.

El culto a los santos en la tradición católica, no es sólo señal de respeto o fugaz invocación a flor de labio en cada vez menos frecuentes ocasiones de la vida, sino conversación viva del alma; oído atento a las lecciones preciosas de sus enseñanzas que nos iluminan, nos alegran, nos alientan. *Sancti tui, Domine, benedicent Te!*

Sí, los santos bendicen a Dios y nos obtienen la bendición de Dios. Esta bendición sin embargo quiere ser sin embargo ejercicio de magisterio para nuestro provecho espiritual; sobre todo si lo pedimos a los más grandes de la Iglesia, y que por la gracia del Señor ascendieron a la cumbre más excelsa: los apóstoles primeros del Evangelio, defensores e ilustradores de la doctrina celestial, luz del siglo en que vivieron y en los que le han seguido.

San Pedro domina siempre desde su cátedra del Vaticano; pero él ha enseñado y continúa enseñando por medio de sus sucesores, los papas de la Iglesia universal. Os diremos más. Mientras vivió en ella, ejerciendo su mandato apostólico. San Pedro no ha dejado de aprovechar ninguna de las ventajas de Roma, para predicar en la ciudad y escribir a los primeros fieles que estaban lejos, tales como aquellos dispersos o peregrinos de la diáspora, del Ponto, de Galacia, de Capadocia, de Asia y de Bitinia a los

que se dirigía en sus cartas; también se aprovechaba de Juan Marco, que vivía con él en Roma y fue intérprete del Evangelio de Pedro y su portavoz autorizado en la redacción del mismo.

¡Oh! maravilla y consolación para nosotros, a la distancia de tantos siglos poder todavía oír las enseñanzas de Pedro.

Para vuestra edificación, amados hijos, para vuestro aliento, quered oír algunas de las expresiones de San Pedro, pues el eco de sus palabras es precioso ornamento en la alegría de nuestra alma en su fiesta.

«Queridísimos os suplico que como extranjeros y peregrinos que sois en esta tierra, os abstengáis de las concupiscencias que combaten contra el alma. Comportaos bien en medio de los paganos, a fin de que por lo mismo que os censuran como malechores, dándose cuenta de vuestras buenas obras glorifiquen luego al Señor en el día de su visita.»

«Estad, pues, sumisos a toda institución humana por amor al Señor: ya sea el rey en cuanto a soberano; sea a sus ministros, en cuanto enviados para corregir y castigar al que hace daño o premiar al que obra bien. Es voluntad de Dios que haciendo el bien reduzcáis al silencio la ignorancia de los hombres insensatos; como verdaderos hombres libres que no se sirven de la libertad como velo de la malicia, sino que son servidores de Dios. Honrad a todos; amad a los hermanos; temed a Dios; honrad al rey» (San Pedro hablaba naturalmente según las condiciones de aquel tiempo, pero la doctrina es válida para todos los tiempos).

«Siervos, someteos con todo respeto a vuestros patronos, no solamente a aquellos que son buenos y razonables, sino también a los duros. Pues el mérito está en sufrir por respeto a Dios que le ve, penas injustas: *Haec est in enim gratia in Christo Iesu Domino nostro*» (Cf. 1 Petr. 2, 11-19).

Como veis amados hijos el primer Obispo de Roma toca aquí un aspecto de la cuestión social. La exhortación a la obediencia y a la paciencia es inspirada por completo por un motivo sobrenatural. Se trata siempre de aquella obediencia que es perfección de conformidad a ejemplo de Cristo, injustamente tratado, y sin embargo obediente.

La doctrina católica contenida en este clamor de la primera carta de San Pedro no tuvo de inmediato la contrapartida de preceptos directos a los ricos y a los superiores la conducta de alguno de los cuales se

define abiertamente como injusta en este capítulo. De esta doctrina se habla otras veces, y no sólo San Pedro sino en San Pablo y San Juan, y aún antes en múltiples pasajes del Evangelio y del Antiguo Testamento.

Hijos míos de Roma, valor. Mantengámonos fieles a esta doctrina: doctrina apostólica: doctrina de Cristo.

Quisiéramos en verdad daros algún esquema más amplio de la buena doctrina social contenida en la carta de San Pedro en relación a los varios aspectos de la convivencia humana, de la que el Apóstol, se ha ocupado con celo, y con gran agilidad, según las circunstancias de aquel tiempo. Pero basta así.

El gran documento en forma de carta Encíclica—decimos el título por primera vez en público— *Mater et Magistra* de la que se están llevando a cabo varias traducciones a las principales lenguas del mundo proporcionará a vuestro espíritu pastos fertilísimos, como anunciamos en la celebración solemne de la *Reverentiarum novarum* en mayo último.

En honor de San Pedro, y como obsequio de la doctrina próxima a ser promulgada, nos contentamos con citar un pensamiento de la primera de sus cartas, como en preparación a la lectura del más vasto documento social de fecha recentísima.

Trátase de una recomendación dirigida a todos los cristianos sin distinción, y que se resume en la invitación a la unión de los corazones y al espíritu de mutua comprensión y de perdón.

«Sed todos, oh hermanos, de un mismo sentimiento, compasivos, amantes de los hermanos, misericordiosos, humildes.»

«No volváis mal por mal ni injuria por injuria. Al contrario responded bendiciendo, porque a esto sois llamados a fin de que poseáis la herencia de bendición. Así pues "El que de veras ama la vida y quiere vivir días dichosos, refrene su lengua del mal y sus labios no hablen mentira. Desvíese del mal y obre el bien, busque y persiga la paz".»

«Los ojos del Señor se vuelven hacia el justo y sus oídos a sus plegarias» (1 *Petr.* 3,8-12).

Amados hijos: Sobre esta doctrina ponemos de todo corazón el sello de Nuestra oración de humilde sucesor de San Pedro para que cada uno de vosotros haga de ella un tesoro para el presente y para el porvenir; y sobre vuestra persona y de un modo especial sobre los hijos de esta amada Roma se derrama hoy particularmente conmovida y exultante Nuestra Apostólica Bendición.



## SUMARIO

**Espíritu de mutua comprensión y de perdón**, Alocución del Papa en la festividad de San Pedro

**La Iglesia y la conversión de los judíos**, por Manuel Igartua, S. I.

**Modernismo y fe cristiana (continuación)**, por Francisco Canals Vidal

**Confianza de la Iglesia ante el futuro**, Alocución de S. S. Juan XXIII

**Pío XII y la Cruzada española**, por Francisco Segura, S. I.

**El amor del Redentor en su obra de reparación**, por Roberto Cayuela, S. I.

**De Hobbes a Rousseau**, por Enrique Chiavacci

**Ortega y las virtudes pequeñas**, por Marcos Guimerá Peraza

**Pensamiento de Mella sobre la educación nacional**, por E. Guerrero, S. I.

**La ciencia y la técnica**, por Jesús Sainz Mazpule

# LA IGLESIA Y LA CONVERSION DE LOS JUDIOS

Un postulado de valor histórico presentado al Concilio Vaticano I

En un artículo escrito en esta Revista hace varios meses expliqué la actitud de la Iglesia Católica en relación al pueblo judío a lo largo de su historia. Pero quedó pendiente un hecho de especial significación, que por la importancia de las circunstancias en que se produjo, revela muy claramente la posición de la Iglesia en este problema, y que además cobra muy destacada importancia ante la celebración del próximo II Concilio Vaticano.

Hablo del postulado en favor de la conversión de los judíos, presentado con la firma de más de quinientos obispos a la augusta aprobación del Concilio Vaticano, y que promovido por los sacerdotes convertidos del judaísmo, los Abates Lémann y bendecido por Pío IX, constituye un gesto histórico de incalculable interés en asunto tan cargado de densidades históricas.

¿Tendrá aquel postulado alguna repercusión en el presente Concilio? ¿Se fijará de algún modo en él la asamblea de los obispos de la Iglesia, ahora que el pueblo de Israel existe ya políticamente?

He aquí unas preguntas que valoran el interés de este asunto.

## Los hermanos Lémann

Dos hombres, convertidos ambos del judaísmo al catolicismo, hermanos entre sí, y ambos ordenados de sacerdotes en la Iglesia, son los autores de una obra literaria copiosa acerca de las relaciones históricas del pueblo judío con el cristiano, y de la esperanza de hacerlo volver a Dios por la conversión en Cristo. Hoy que el proceso Eichmann de nuevo pone sobre el tapete la cuestión judía, se hace especialmente significativa la ingente obra de los dos sacerdotes católicos, judíos de raza, en favor de su pueblo.

Bastará simplemente con dar la lista de la bibliografía de los dos hermanos, que ignoro si será completa, pero que es suficientemente abundante para justificar el interés por ella. Franceses de nación, su obra es toda en francés:

### AUGUSTIN LEMANN:

- L'histoire complète de l'idée méssianique chez le peuple d'Israel*, París-Lyon, 1909, pp. 471.
- La Vierge et l'Emmanuel*, París, 1904, pp. 561.
- Le sceptre de la tribu de Juda entre les mains de Jésus-Crist, ou Le Messie venu*, 2.<sup>a</sup> ed., Lyon, 1880, pp. 185. (Comentario a la profecía de Jacob.)

### JOSEF LEMANN:

- I. *L'entrée des Israélites dans la société française et les états chrétiens, d'après des documents nouveaux*, 6.<sup>a</sup> ed., París, 1886, pp. 506 (muy interesante, trata de los judíos en relación con Luis XVI).
- II. *La prépondérance juive: 1.<sup>re</sup> partie, Ses origines d'après des documents nouveaux*, París, 1889, pp. 274 (es segunda parte del anterior, y de mucho interés, trata de los judíos en la Revolución francesa).
- III. *Napoléon I et les Israélites: 2.<sup>e</sup> partie, de la Prépondérance juive*, París, 1894, pp. 362 (trata de la estabilización y reorganización de los judíos bajo la autoridad de Napo-

león, que instituyó de nuevo el Gran Consejo Rabinico).

Como se puede ver estos tres volúmenes tratan de la evolución histórica del judaísmo desde la Monarquía hasta el Imperio a través de la Revolución, y de su influjo en tales acontecimientos.

*La Vierge Marie dans l'histoire de l'Orient chrétien*, París, Lyon, 1904, pp. 640.

*La Dame des Nations dans l'Europe catholique*, París, Lyon, 1909, pp. 394.

### AUGUSTIN y JOSEPH LEMANN (en colaboración):

*Valeur de l'Assemblée qui prononça la peine de mort contre Jésus-Crist*, 3.<sup>a</sup> ed., París, 1881, pp. 103.

*Saint Jean et le quatrième évangile* (réponse a l'abbé Loisy), París-Lyon, 1903, pp. 51.

*La cause des restes d'Israel introduite au Concile Oecuménique du Vatican*, París-Lyon, 1912, páginas 331.

Como puede apreciarse por esta bibliografía abundante, los dos hermanos Lemann dedicaron su vida sacerdotal a hacer luz sobre el misterio del pueblo judío, cuyo dolor, con San Pablo, llevaban en el corazón. De carácter más teológico las obras de Agustín, de carácter más histórico las de Joseph, ambas están escritas con aquel estilo rico en imágenes coloristas, propio de aquel pueblo al que pertenecían, y con un grande amor a su raza y a la Iglesia Católica, nueva madre encontrada con alegría.

Seguían en ello la corriente de apostolado sugerida por el Espíritu Santo por aquella época, con conversiones de judíos destacados, primicias de la grande conversión anhelada, en la que se hallan los nombres del Ven. Libermann, Ratisbona Alfonso y Teodoro, el Padre Hermann, el Padre Pío Mortara, adoptado por Pío IX a raíz del doloroso suceso que ya fue indicado en nuestro artículo precedente,

## Una página de la historia de la Iglesia

La obra más importante, en el conjunto de estas reseñadas, es la que figura última en cronología, escrita en colaboración por ambos Lémann. Su título denota la grandeza histórica de la empresa que acometieron y que han dejado narrada en estas páginas: *“La causa de las reliquias de Israel introducida ante el Concilio Ecuménico Vaticano, bajo la bendición de S. S. el Papa Pío IX. Empresa y relato de los dos hermanos Joseph y Augustin Lemann”*.

Cuentan en el prólogo que un año después de suspendido el Concilio en 1871 hicieron una visita al Obispo de Nimes, Mons. Plantier. Después de hacerles relatar toda su gesta en el Concilio, el Obispo les dijo con especial solemnidad:

“Señores, escuchad y recordad mi último consejo. El Dios de la misericordia se ha querido servir de vosotros para una gran obra en Roma. Podréis en el futuro componer hermosos libros, pero estad seguros de que ninguno tendrá la importancia que el relato de esta empresa, cosa que yo os aconsejo y hasta os mando. Publicad vuestras gestiones en Roma en favor de Israel, porque es una página de la historia de la Iglesia”.

Aquella palabra definitiva se grabó en sus almas a fuego. “Quedó delante de nuestros ojos y de nuestra vida como la columna de fuego que guió a nuestros antepasados por el desierto”. Y aunque pasaron años sin poder realizar su libro, al fin casi 40 años más tarde le dieron cima. Y conscientes de su importancia hacen este juramento:

“Publicamos ante la mirada de Dios y de los hombres esta página de la historia de la Iglesia, y hacemos el juramento, con las manos extendidas sobre el Evangelio eterno, de que todo lo que aquí contamos es escrupulosamente verdadero.”

Convertidos así en testigos de una singular empresa, en aquel ambiente de valor ecuménico del Concilio Vaticano I, su testimonio viene a adquirir resonancia poderosa al ser convocado por S. S. Juan XXIII al II Concilio Vaticano, declarando el primero cancelado.

Ellos tienen conciencia de esta importancia, y por eso han jurado sobre el Evangelio la verdad de su relato. Porque saben que no es sólo un relato histórico de cosa muerta, sino de un asunto vital que deberán imprescriptiblemente volver a presentarse ante la conciencia de la Iglesia Católica:

“Nuestro libro es capaz de obtener aún otro resultado (además del cometido histórico de conservar el recuerdo), y confiamos este resultado a la Madre de la Misericordia, la poderosa Virgen María. Antes de separarse, los Reverendísimos Padres del Concilio Vaticano cuidaron (como este libro explicará) de redactar una alocución de honor y de amor que ha de ser pronunciada cuando se reanude el Concilio Ecuménico Vaticano. Tal reanudación es segura, puesto que Dios nunca deja inacabado lo que toca a la belleza y desarrollo de su amada Iglesia. Y nosotros, hijos de Israel, pedimos con todo nuestro anhelo esta reanudación del Concilio. Quieran las naciones cristianas, inspiradas por la Madre de la Misericordia, asociarse a estos deseos y anhelos nuestros.”

Tan noble y legítima esperanza de los dos hermanos, hijos de Israel, se halla ahora en trance próximo de realización. El Concilio Vaticano, si bien considerando cancelado el I, va a reunirse de nuevo en Roma. El II Concilio Vaticano puede ser considerado como la sucesión del I y su continuador.

Y el momento es todavía más conforme a la profecía de Daniel que los hermanos Lémann conmemoraban en su prólogo, la profecía del *desfile de los imperios*.

“Las naciones tienen extrema necesidad de que se reanude el Concilio Vaticano y se ocupe de ellas: la prueba está a la vista de todos. Queremos dar a esta prueba el carácter bíblico que tiene en el profeta Daniel: el fenómeno social a que asistimos, sin precedente en la historia, *el desfile de los imperios para preparar la venida de Cristo*. El imperio de los asirios fue reemplazado por el de Babilonia; el de Babilonia por el de los persas, con Cyro; y el de los persas por el de Alejandro y los griegos; por fin el imperio romano que los absorbió a todos, y desapareció también, o mejor dicho se transformó. Se puede ver, exclama Bossuet, a estos célebres imperios presentarse sucesivamente, y caer los unos sobre los otros. Y sobre las ruinas de todos ellos aparece Jesucristo, el imperio del Hijo del Hombre.”

Sobre esta visión de Daniel, célebre en la teología de la historia, construyen los autores su visión del tiempo actual, en la que advierten otro grandioso suceder de imperios y naciones.

“Se diría que el desfile de los imperios ha recommenzado después de que terminado el Concilio Vaticano la sociedad quiso olvidarlo. Estamos asistiendo a una especie de danza macabra de los reinos. Los gobiernos se suceden. Todos los Estados, rebeldes a la dirección del Vicario de Cristo, se inclinan peligrosamente. *Inclinata sunt regna*. Como astros fatigados marchan a su ocaso misterioso, y sus jefes se suceden con rapidez unos a otros. ¡Dios santo, qué desfile! La autoridad civil — Monarquía, República, pequeño Estado o gran Imperio — se halla en peligro general. El torbellino del socialismo la sacude con violencia, como dice San Juan en su Apocalipsis: *Caerán las estrellas del cielo sobre la tierra, del mismo que sucede cuando la higuera agitada por el vendaval deja caer sus higos por tierra*. Monarquías, Repúblicas, Estados e Imperios, todos son sacudidos. Caen las estrellas: recommienza el desfile de los imperios.”

La grandeza de esta visión política se hace más impresionantes si consideramos que tal página se halla escrita en 1909, antes de las dos guerras del 14 y del 39. Ya el vendaval se transformó en huracán, y el desfile se hizo rapidísimo después.

Termina el notable prólogo aportando la voz de Larcordaire, que con sus amplios acentos clama:

“Cuando llegue el tiempo de hacer justicia de las desdichadas teorías, que quitaron a la Iglesia, esclavizándola, la mayor parte de su acción social posible, se comprenderá claramente cuál es el remedio. Entonces conocerán todos que el arte de gobernar a los hombres no consiste en concederles la libertad del mal, encareciendo al bien...”

Nos hemos consumido en combinar fórmulas sociales, y la vida no bajó a nuestros laboratorios. ¡Que dé la vida quien la tenga, que reparta el amor quien lo posea, que comunique el secreto a todos quien lo guarde! Entonces comenzarán los tiempos nuevos con una nueva efusión de riquezas; y la riqueza no es el oro, ni la plata ni los navíos que traen desde los extremos de la tierra los materiales valiosos, ni el vapor, ni los ferrocarriles, ni todo lo que el genio del hombre puede arrancar a las entrañas de la naturaleza: *¡no hay más que una riqueza y ésta es el amor!*"

Enardecidos los dos hijos de Israel se dirigen a las naciones cristianas para suplicarles su deseo:

"Reclamad, oh naciones cristianas, la reanudación del Concilio Vaticano, escuchad la voz del más elocuente de vuestros hijos, y de estos dos humildes hijos de Israel, y así trazaréis, bajo la inspiración de la Santísima Virgen, una de las más bellas páginas de la historia de la Iglesia."

Conócese en la emoción que impregna las palabras cuán poseídos estaban los autores, a vista de los acontecimientos que presenciaban, de la urgencia de la presencia de la Iglesia en el mundo, por la reanudación del gran Concilio interrumpido.

En el fondo de su alegato apasionado se halla una gran idea que desarrollarán en su libro: parece haber llegado la hora de la llamada de la Iglesia al pueblo de Israel, cuya conversión traerá las riquezas al mundo, como anunció San Pablo.

Su histórica gestión en el Concilio tenía esa intención. Y resulta conmovedor ver cómo la entendieron casi todos los obispos presentes en el gran acontecimiento.

¿Qué dirían hoy a la vista de las convulsiones que han sacudido a Europa y al mundo entero, cuando ver-

daderamente las naciones han sido agitadas furiosamente sobre la gran higuera simbólica, y en él desfiles de los imperios, que conmemoran, prodigiosamente ha vuelto a aparecer sobre la tierra el nombre del pueblo de Israel, Estado instaurado en al misma tierra de sus antepasados?

Más largo estudio requiere el detalle de su gestión ante los Padres del Concilio: la bendición del Papa Pío IX, la reacción de los distintos Obispos del mundo, la presentación por fin del histórico postulado, y la inesperada suspensión del Concilio, anotada ya en los decretos de la Divina Providencia.

El Cardenal Coullié, Arzobispo de Lyon, aprueba el libro y alienta a los autores en una carta previa en la que dice así:

"Os habéis sentido inspirados por la divina caridad a hacer un tentativa, audaz en apariencia pero infinitamente noble y conmovedora en favor de vuestro pueblo: provocar un testimonio solemne de simpatía de la Santa Iglesia de Jesucristo a favor de las reliquias de Israel, y pedir por todo el mundo oraciones, para que vuelvan a la verdad integral que ha hecho vuestra propia felicidad..."

"El referendum episcopal que publicáis en el libro, es ya cosa pasada, pero es lícito pensar y decir que si en el momento actual, la misma proposición fuese presentada de nuevo a los obispos de la Iglesia, recogería los mismos testimonios de caridad y de esperanza."

¿Habrá sido la intención de la Divina Providencia, al inspirar tan noble gestión, que aquel postulado, que quedó sobre la mesa del Concilio con las firmas de 500 Obispos, pendiente de aprobación por la guerra que interrumpió la gran Asamblea de 1870, vuelva acaso a la mesa del II Concilio Vaticano en 1963?

Juan Manuel IGARTUA, S. I.

#### EL CARDENAL CASAÑAS Y EL TIBIDABO

«Santificar la montaña del Tibidabo, que según la frase del poeta Verdaguer, en su "Oda a Barcelona", es la "*superba acrópolis que vella la ciutat*", dedicándola al adorable Corazón de Jesús es, sin duda, la mejor reparación que puede ofrecerse a Dios, por parte de Barcelona, de las ofensas de todas clases que contra Él se cometen en nuestra ciudad, y, al mismo tiempo, la obra más simpática que puede proponerse a la piedad de los fieles.

»El Sagrado Corazón de Jesús en la cumbre del Tibidabo, que, por su altura y situación, domina todo el llano de Barcelona y se divisa desde largas distancias, se alzará aquí como faro que ilumine las inteligencias, imán que atraiga las voluntades, Mediador divino entre Dios y los hombres y eficazísimo pararrayos, que desarmando los rayos de la justicia divina, los conviertan en centellas de misericordia que conmuevan y enciendan en su amor a todos los hombres.»

(Discurso del Cardenal Casañas, Obispo de Barcelona, Tibidabo, abril de 1906.)

# MODERNISMO Y FE CRISTIANA en la doctrina de J. Gresham Machen

(continuación)

«You people are very good...»

El modernismo y liberalismo naturalista es profundamente anticristiano, porque es en su esencia un sistema antropocéntrico: rechaza la soberanía y la trascendencia de Dios, y olvida el carácter del hombre como criatura; desconoce sobre todo la idea y el sentido del pecado. De aquí procede el desorientado optimismo que inspira, deformándola profundamente, la predicación cristiana. J. Gresham Machen lo ha denunciado con agudeza genial:

*“En la misma raíz del movimiento liberal está la pérdida de la conciencia del pecado. Esta conciencia era tradicionalmente el punto central de toda predicación, pero hoy en día ha sido dejado de lado. Característica de los tiempos modernos es la suprema confianza en la bondad del hombre; la literatura religiosa de nuestros días está impregnada de tal confianza.*

*“El fallo fundamental de la iglesia moderna es que está entregada con empeño a una tarea absolutamente imposible: la de llamar a arrepentimiento a los justos. Los modernos predicadores se esfuerzan a atraer a los hombres sin requerirles a que abandonen su orgullo; se esfuerzan en ayudarlos evitando convencerles de pecado. El predicador sube al púlpito, abre la Biblia y se dirige a los fieles congregados más o menos en esta forma: Ustedes, señores, son muy buenos: responden a todo llamamiento que tienda a la prosperidad de la sociedad. Ahora bien, he aquí que tenemos en la Biblia, especialmente en la vida de Jesús, algo tan bueno que esperamos que lo sea bastante incluso para ustedes, que tan buenos son. Tal es la predicación moderna. La oímos cada domingo en millares de púlpitos. Pero es enteramente fútil...”*

Investigando las causas de esta pérdida del sentido del pecado descubre Machen como una circunstancia decisiva la tendencia, tan generalizada hoy, a la indignación por los males colectivos.

*“La guerra — el autor escribió esto en 1922 — tiene quizá algo que ver con este cambio. En tiempos de guerra nuestra atención se ve excitada de modo tan exclusivo por los pecados de los otros, que nos inclinamos a veces a olvidar los nuestros. Es muy justo indignarse contra toda opresión de los débiles por los poderosos. Pero tal hábito mental, si se convierte en permanente y es llevado a los días de la paz tiene sus peligros. Une su fuerza a la del colectivismo del estado moderno para cau-*

*sar el obscurecimiento del carácter individual y personal del mal. Si John Smith azota diariamente a su esposa, no habrá nadie de mentalidad tan retrógrada para condenar a John Smith por ello; se dirá por el contrario: John Smith es evidentemente la víctima de algo así como la propaganda bolchevique; conviene reunir el Congreso en sesión extraordinaria para tratar a propósito del caso de John Smith, de una ley sobre propaganda extranjera y sediciosa.”*

## El «cristianismo» medio para un fin más alto

La atención exclusiva a los males sociales es ella misma síntoma de un proceso de falseamiento y corrupción del cristianismo. Desde una perspectiva terrenal y mundana todos los conceptos y valores cristianos han sido vaciados de su sentido sobrenatural y proyectados sobre dimensiones secularizadas. Incluso cuando se pretende seguir hablando de cristianismo la inspiración liberal y modernista se hace patente por el hecho característico de la subordinación del “Evangelio” a resultados o finalidades sociales y políticas.

*“Cincuenta años atrás los misioneros formulaban su llamamiento a la luz de la eternidad... algunos, gracias a Dios, hablan todavía este lenguaje, pero muchos formulan un llamamiento totalmente distinto: La India está en fermentación; el bolchevismo está allí progresando, vayamos a la India para rechazarlo. O bien: El Japón será dominado por el militarismo a no ser que se abran allí camino los principios de Jesús, vayamos allí para prevenir la calamidad de la guerra.”*

He ahí el juicio de Machen sobre esta inversión de perspectivas:

*“De cualquier modo que podamos juzgar esta actitud es perfectamente claro que la religión cristiana no puede ser tratada de esta manera. En el momento en que lo es, deja de ser cristiana. Un punto está claro, y es: que el cristianismo rehúsa ser considerado como medio para un fin más alto. El cristianismo podrá cumplir muchas empresas útiles en este mundo, pero si es aceptado en orden a conseguir tales empresas, no es cristianismo. El cristianismo combatirá el bolchevismo; pero si es aceptado en orden a combatir el bolchevismo, no es cristianismo. El cristianismo puede producir la unidad de una nación, de un modo lento pero eficiente; pero si es aceptado en orden a crear la unidad de una nación, no es cristianismo. El cris-*

\* Véase el número de mayo 1961 de “Cristiandad”

*tianismo producirá una comunidad próspera; pero si es aceptado para producir tal comunidad, no es cristianismo. El cristianismo promoverá la paz internacional, pero si es aceptado en orden a promover la paz internacional, no es cristianismo. Nuestro Señor dijo: Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura; pero si buscamos el Reino de Dios y su justicia para quo todas estas cosas nos sean dadas, perderemos a la vez todas estas cosas y el mismo Reino de Dios."*

### **El «progreso» y el conflicto entre la religión y la ciencia**

Con actitud valiente y realista se señala en *Cristianity and Liberalism* como ocasión determinante del crecimiento del naturalismo la transformación de las condiciones materiales de la vida por el progreso técnico. Las invenciones modernas y el desarrollo industrial han construido un nuevo mundo en el que toda nuestra vida ha adquirido como una nueva atmósfera y ambiente. Este mundo no se ha desarrollado por las fuerzas de la naturaleza sino por la actividad consciente del espíritu humano: ha sido resultado del progreso de la ciencia. Y aunque tal resultado se ha conseguido principalmente en el campo de las ciencias físicas y químicas, han aparecido también una nueva psicología y una nueva sociología y ninguna esfera de la vida humana puede considerarse aislada en este profundo y rápido cambio.

*"En una época así cualquier herencia del pasado debe sujetarse a rigurosa crítica y de hecho algunas convicciones del linaje humano se han hundido en la prueba. Que una institución dependa del pasado se considera hoy como una presunción, no favorable sino contraria. Tantas convicciones ha habido que abandonar que se ha llegado a creer a veces que todas están llamadas a desaparecer."*

¿Puede "subsistir" el cristianismo en nuestra edad científica? ¿Cuál es la relación entre el cristianismo y la cultura moderna? Desde cualquier punto de vista que se mire es este problema el más grave de los que afectan a la Iglesia en nuestro tiempo. La negación "pietista" del problema que sostuviese que la religión no puede por su mismo carácter ser en absoluto afectada por la ciencia, resultaría inadecuada; olvidaría, p. e., un hecho tan fundamental como es la incompatibilidad que con la fe tradicional tiene toda pretendida negación científica del algún hecho referente a la existencia histórica de Jesús, tal como es expuesta en los libros inspirados.

El modernismo por su parte intenta precisamente resolver tal cuestión con una actitud característica: el abandono de aquellos puntos particulares de la fe cristiana tradicional contra los que puedan formularse objeciones científicas — y entre estos puntos particulares cuenta la doctrina sobre la Persona de Cristo, su muerte y su resurrección — para salvar así los "principios generales" que constituyen la esencia del cristianismo.

Pero después que el apologista liberal ha abandonado una posición puede observarse que el enemigo le ataca de nuevo en aquella a la que ha creído deber retirarse. En la batalla intelectual de nuestros días no puede haber paz sino en la victoria.

Tales intentos modernistas para reconciliar la ciencia con el cristianismo ofrecen blanco a la crítica desde un doble punto de vista: son destructores del cristianismo y son a su vez extracientíficos. J. Gresham Machen en la obra que comentamos se ocupa sobre todo de aquel primer aspecto: a pesar del uso por los liberales de una fraseología tradicional el liberalismo no sólo es una religión diferente del cristianismo sino que pertenece a un género totalmente distinto. Se trata, pues, de una cuestión grave porque el modernismo ha llegado a ser preponderante ya en muchos sectores de la iglesia, y porque este predominio implica el abandono y la ruina del Evangelio.

El autor es consciente de la actitud cerrada con que su posición será necesariamente recibida por quienes tengan resuelta la cuestión en sentido contrario. Considerarían el hecho de que haya *todavía hoy* quienes defienden cristianismo del sacrificio redentor, como un fenómeno interesante de estancamiento en el desarrollo. Frente a esta reacción cerrada y simplista responde Machen con consecuente serenidad:

*"Este modo de dar por resuelta la cuestión se funda en una visión muy imperfecta de la situación real: se funda sobre una estima enormemente exagerada de los éxitos de la ciencia moderna. La investigación científica ha obtenido grandes resultados y ha producido en algunos aspectos un mundo nuevo. Pero hay otro aspecto del cuadro que no debería ser ignorado. El mundo moderno presenta en algunas cosas un enorme desarrollo sobre aquel en que vivían nuestros antepasados, pero manifiesta también una lamentable decadencia desde otro punto de vista. El desarrollo es patente en las condiciones materiales de la vida, pero en el reino del espíritu se ha dado una correlativa pérdida. Esta es más clara quizá en el dominio del arte."*

*"Esta decadencia sin precedentes es la literatura y en el arte no es sino la manifestación de un fenómeno más amplio; es un ejemplo de la disminución del papel de la personalidad que se está produciendo en el mundo moderno. Todo el desarrollo de la sociedad moderna tiende poderosamente hacia la limitación del reino de la libertad individual. La tendencia es más visible en el socialismo. Pero se muestra también incluso en las sociedades que más aborrecen el nombre de socialismo... no parece que se haya nunca ocurrido a los legisladores modernos que aunque la prosperidad es un bien, la prosperidad forzosa puede ser un mal. Dicho de otro modo: se ha llevado el utilitarismo a sus conclusiones lógicas; en interés del bienestar físico los grandes principios de la libertad han sido cruelmente aventados."*

*"La consecuencia es un incomparable emprobecimiento de la vida humana. La personalidad sólo puede desenvolverse en el reino de la elección individual. Y este reino en el estado moderno ha sido lento, pero continuamente restringida. La tendencia es especialmente visible en el campo de la educación. Cuando se considera lo que son ya las escuelas públicas en América (E. U.), cuando se considera su materialismo, su desalentar cualquier esfuerzo intelectual sostenido, su fomentar*



las peligrosas y pseudocientíficas vaciedades de la psicología experimental, no puede menos de sentirse uno aterrado ante la idea de una sociedad en la que no hay modo de escapar a un sistema tal de asesinato de las almas.

"Lo cierto es que el paternalismo materialista del tiempo presente hará rápidamente de América, si se le permite seguir adelante, una enorme main street, en donde será imposible toda aventura espiritual y donde la democracia será considerada como si consistiese en la reducción de toda la humanidad a las condiciones del más cerrado y menos dotado de los ciudadanos."

Hemos querido citar por extenso las palabras de Machen porque su audaz toma de posición, su valiente enfrentarse con los más corrientes y vacíos tópicos del progresismo posibilita la libertad de espíritu con que se enfrenta a las actitudes polémicas del modernismo frente

al cristianismo tradicional, es decir, a la fe cristiana auténtica:

"Esta situación del mundo invita a considerar la opción entre modernismo y tradicionalismo, liberalismo y "conservatismo" sin ninguno de los prejuicios con que demasiado frecuentemente se contempla. En vista de los lamentables defectos de la vida moderna un tipo de religión ciertamente no podría ser recomendado simplemente por ser moderno o condenado simplemente por ser antiguo. Por el contrario la condición de la humanidad es tal que uno puede preguntar muy bien qué es lo que hizo tan grandes a los hombres de las generaciones pasadas y tan pequeños a los de la generación presente. En medio de todas las conquistas materiales de la vida moderna podemos muy bien preguntarnos si ganando todo el mundo no hemos perdido nuestra alma."

Francisco CANALS VIDAL  
(continuará)

## CONFIANZA DE LA IGLESIA ANTE EL FUTURO

**La victoria de David sobre el gigante Goliat (1. Reg., 17, 41-51).**

Estamos ante el gigante Goliat y quizá gastamos demasiadas palabras que podrían muy bien usarse mejor para la oración o para formular buenos consejos en orden a la santificación de nuestra vida y la del prójimo. Nos encontramos frente a quien se nos presenta como enorme; pero no es fuerte, no es valiente, ya que se trata de tentativas del error, de la avidez o avaricia, de la violencia. A veces sentimos miedo y nos desanimamos pensando en el mañana. Y, sin embargo, este gigante habrá de ceder ante la voluntad, la gracia, la misericordia de Dios. No debemos pensar que haya de venir la destrucción y la ruina universal como victoria de este Goliat, porque también en sus dominios sobreviven almas que se guían con nuestra misma luz, que permanecen fieles y que están muy cerca de nosotros por la participación del mismo ideal cristiano y apostólico.

La sencillez del pequeño David, que se yergue frente al gigante, representa realmente a la Iglesia Católica universal santa y bendita; representa al haz glorioso de los atletas nuestros que se aprestan, humildes y unidos, a su santa empresa, confortados y alegres de sentirse secundados, *verbo, opeer et precibus*, por las magníficas falanges de los hermanos de la Unión Misional del Clero. Venga, pues, el gigante con la amenazadora figura imponente de sus energías. Como el joven de Belén, los hijos de la Iglesia de Cristo, sacerdotes y seglares, lo acogerán *in virtute Dei*.

**La pesca apostólica en el lago de Galilea (Luc., 5, 1-11).**

Una última enseñanza, queridos hijos, agrupados en torno al Padre, os proporciona, después del episodio del Antiguo Testamento, la homilía del gran San Ambrosio, sobre el pasaje del Evangelio de San Lucas, de la pasada Dominica, donde se narra la pesca milagrosa en el Lago de Genesareth.

Jesús se situó sobre la barca de Pedro para dirigir el movimiento de las olas, del viento y de la pesca. No puede haber turbación en esta barca. En ella *prudentiā navigat; abest perfidia; fides aspirat*. El desánimo, pues, no puede provenir más que de la escasez de la fe. ¿No fue el mismo Maestro quien en iguales circunstancias dijo a Simón: *Modice fidei, quare dubitasti?*

San Ambrosio prosigue el mismo comentario recordando que precisamente a Pedro, más aún, sólo a él, dijo el Señor: *Duc in altum*. Y anota el comentarista bella y oportunamente: *Quid enim tam altum, quam altitudinem divitarum videre: scire Dei Filium: et professionem divinae generationis assumere?* Y continúa comentando. Pero esto basta por hoy para nuestro provecho espiritual.

En uno y otro pasaje de la Sagrada Escritura hay, pues, una gran lección. La presencia de Dios en nosotros, su omnipotencia y su misericordia con nosotros y con toda su Iglesia Santa, fiel a Él.

(S. S. Juan XXIII al Congreso de la Unión Misional del Clero, 24-VI-61.)

# PIO XII Y LA CRUZADA ESPAÑOLA

Si desde los primeros días de la contienda española de 1936-39 la Iglesia Católica orientó a todos sus hijos por medio de su Cabeza visible el Papa Pío XI, no faltaron a éstos en lo sucesivo otras intervenciones de la Iglesia para ayudarles a conocer la verdad sobre el problema español que tan enmarañado se presentaba a los ojos de muchos.

Nos referimos a tres fuentes de información y orientación capaces de satisfacer a los más exigentes: los escritos luminosos de Cardenal Gomá, que alcanzaron una difusión prodigiosa y que nada dejaron que desear en competencia, información y claridad; a la Carta colectiva del Episcopado español, del 1.º de julio de 1937; y a los escritos pastorales aislados, ya sea de los Prelados españoles desde dentro o fuera de sus respectivas diócesis; ya sea de los casi novecientos Obispos de todo el mundo que en cartas más o menos extensas y de forma más o menos pública respondieron a la Carta colectiva de los Prelados de España y mostraron su solidaridad y conformidad con ellos.

No cabía pedir más. La Iglesia había hablado en todos los tonos y a todos los católicos. Las dos Ciudades estaban enfrentadas en España y la opción no podía ser dudosa. Y si había dudas subjetivas, razón de más para aferrarse al juicio de la Iglesia después de su intervención. Hablamos a católicos.

Pero la Providencia no quiso regatearnos luces ni consuelos. Al pontificado de Pío XI sucedió el de Pío XII. Y éste sería el que con la perspectiva de tres años de guerra española y con el brío de un reinado lleno de promesas iba a encomiar ante el mundo entero y en circunstancias inolvidables el carácter religioso de nuestra guerra y el título providencial de nuestra victoria. Sus manifestaciones se sucedieron con ritmo acelerado. Apenas terminada la guerra, el Papa felicita al Generalísimo y a toda España:

*“Levantando nuestro corazón al Señor agradecemos sinceramente con V. E. deseada victoria católica España hacemos votos porque este queridísimo país alcanzada la paz emprenda con nuevo vigor sus antiguas cristianas tradiciones que tan grande la hicieron. Con estos sentimientos enviamos a V. E. y a todo el noble pueblo español Nuestra apostólica bendición. Pius XII.”*

Pocos días después, el domingo 16 de abril el Padre Santo por medio de la Radio Vaticana, dirigía en lengua española un mensaje paternal y gratulatorio a todo el pueblo español. Recordemos algunos de sus párrafos y admiremos la sinceridad inequívoca de sus términos:

*“Con inmenso gozo Nos dirigimos a vosotros, hijos queridísimos de la católica España, para expresaros nuestra paternal congratulación por la paz y la victoria con que Dios se ha dignado coronar el heroísmo cristiano de vuestra Fe y de vuestra Caridad, probadas en tantos y tan generosos sufrimientos.*

*“Anhelante y confiado esperaba nuestro predecesor, de santa memoria, esta paz providencial, fruto sin duda de aquella fecunda bendición que en los albores mismos de la contienda enviaba a cuantos se habían propuesto la difícil y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos y el amor a Dios y a la Religión...”*

*“Los designios de la Providencia, amadísimos hijos, se han vuelto a manifestar, una vez más sobre la heroica España, la nación elegida por Dios como principal instrumento de evangelización del Nuevo Mundo y como baluarte inexpugnable de la fe católica que acaba de dar a los prosélitos del ateísmo materialista de nuestro siglo la prueba más excelsa de que por encima de todo están los valores eternos de la Religión y del espíritu.”*

Los enemigos de Jesucristo han echado el resto en España en un experimento supremo de las fuerzas que tienen por todo el mundo. No han salido con la suya, pero han mostrado hasta dónde pueden arrastrar a la sociedad moderna por caminos de inicua destrucción y apasionada discordia.

*“...el sano pueblo español, con las dos notas características de su nobilísimo espíritu, que son la generosidad y la franqueza, se alzó decidido en defensa de los ideales de la fe y civilización cristianas, profundamente arraigados en el suelo fecundo de España; y ayudado de Dios «que no abandona a los que esperan en Él» (Judit, XII-17) supo resistir el empuje de los que, engañados con lo que creían un ideal humanitario de exaltación del humilde, en realidad no luchaban sino en provecho del ateísmo.*

*“Este primordial significado de vuestra victoria Nos hace concebir las más halagüeñas esperanzas de que Dios en su misericordia se dignará conducir a España por el seguro camino de su tradicional y católica grandeza; la cual ha de ser el norte que oriente a todos los españoles, amantes de su Religión y de su Patria, en el esfuerzo de organizar la vida de la Nación en perfecta consonancia con su nobilísima historia de fe, piedad y civilización católicas.”*

A continuación exhorta a los gobernantes y a los Pastores que enseñen a los engañados y les propongan los principios de justicia individual y social que se contienen en el Evangelio y en la doctrina de la Iglesia. A continuación añade:

*“No dudamos que así habrá de ser, y la garantía de Nuestra firme esperanza son los nobilísimos y cristianos sentimientos, de que han dado pruebas inequívocas el Jefe del Estado y tantos caballeros, sus fieles colaboradores, con la legal protección que han dispensado a los supremos intereses religiosos y sociales, conforme a las enseñanzas de la Sede Apostólica. La misma esperanza se funda, además*

*en el cielo iluminado y abnegado de vuestros Obispos y Sacerdotes, acrisolados por el dolor y también en la fe, piedad y espíritu de sacrificio, de que en horas terribles han dado heroica prueba las clases todas de la sociedad española."*

El martirio consiste en dar la vida por la fe o por otra virtud cristiana. Oigamos de nuevo al Papa:

*"...Nos con piadoso impulso inclinamos ante todo nuestra frente a la santa memoria de los Obispos, Sacerdotes, religiosos de ambos sexos y fieles de todas edades y condiciones, que en tan elevado número han sellado con sangre su fe en Jesucristo y su amor a la Religión católica: «maiozem hac dilectionem nemo habet», «no hay mayor prueba de amor» (Io, XV-13)."*

En los campos de batalla se defendían los derechos de Dios y por ellos se moría. El Papa nos lo recuerda una vez más:

*"Reconocemos también nuestro deber de gratitud hacia todos aquellos que han sabido sacrificarse hasta el heroísmo en defensa de los derechos inalienables de Dios y de la Religión, ya sea en los campos de batalla, ya también consagrados a los sublimes oficios de caridad cristiana en cárceles y hospitales."*

El Vicario de Cristo tiene un recuerdo paterno para tantos inocentes niños llevado a lejanas tierras con peligro de apostasía y perversión. Su retorno tardío demostraría en muchos casos cuán fundados habían sido sus temores. De nuevo exhorta a los Obispos con palabras que son todo un programa de reconstrucción:

*"A vosotros toca, Venerables Hermanos en el Episcopado, aconsejar a los unos y a los otros, que en su política de pacificación todos sigan los principios inculcados por la Iglesia y proclamados con tanta nobleza por el Generalísimo: de justicia para el crimen y de benévola generosidad para con los equivocados. Nuestra solicitud también de Padre, no puede olvidar a tantos engañados a quienes logró seducir con halagos y promesas una propaganda mentirosa y perversa. A ellos particularmente se ha de encaminar con paciencia y mansedumbre Vuestra solicitud pastoral: orad por ellos, buscadlos, conducidlos de nuevo al seno regenerador de la Iglesia y al tierno regazo de la Patria, y llevadlos al*

*Padre misericordioso, que los espera con los brazos abiertos."*

Con acentos verdaderamente apostólicos, el Sumo Pontífice termina exhortándonos a la oración y bendiciéndonos:

*"...ya que el arco iris de la paz ha vuelto a resplandecer en el cielo de España, unámonos todos de corazón en un himno ferviente de acción de gracias al Dios de la Paz y en una plegaria de perdón y misericordia para todos los que murieron; y a fin de que esta paz sea fecunda y duradera, con todo fervor de nuestro corazón os exhortamos a «mantener la unión del espíritu en el vínculo de la paz» (Ephes, IV, 2-3). Así unidos y obedientes a vuestro venerable Episcopado dedicados con gozo y sin demora a la obra urgente de reconstrucción, que Dios y la Patria esperan de vosotros.*

*"En prenda de las copiosas gracias, que os obtendrán la Virgen Inmaculada y el Apóstol Santiago, Patronos de España, y de las que os merecieron los grandes Santos españoles, hacemos descender sobre vosotros, Nuestros queridísimos hijos de la Católica España, sobre el Jefe del Estado y su ilustre Gobierno, sobre el celante Episcopado y su abnegado Clero, sobre los heroicos combatientes y sobre todos los fieles, Nuestra Bendición Apostólica."*

Poco tiempo había transcurrido cuando de nuevo Pío XII al recibir en solemne audiencia a 3.000 legionarios españoles les dirigía una alocución no menos vibrante y expresiva, que no importa comentar ya por su carácter menos general, ya porque enunció conceptos muy parecidos a los que acabamos de oírle. Durante su inolvidable Pontificado nunca perdió ocasión Pío XII de aludir a nuestra Cruzada con las palabras más expresas. "De España, llegó a decir, ha salido la salvación del mundo."

¿Se han cumplido, de nuestra parte, las esperanzas del Papa? Muchos católicos se han dejado invadir por un sentimiento de decepción. La oposición sistemática ha suplantado la colaboración leal. El "cansancio de los buenos" ha venido a hacer el juego a los que quieren que todo aquello se olvide. Las miras particulares han prevalecido sobre el bien común y aquello en que disintimos se nos antoja más fuerte que lo que debería unirnos. Olvidamos la epopeya para retornar a la mezquindad.

Pero ahí queda la palabra imborrable del Papa. Como una luz inextinguible. Como un manantial irrestañable de verdad, de fuerza espiritual, de energía prometedora.

Francisco SEGURA, S. J.

«Sed todos de un mismo sentimiento, compasivos, amantes de los hermanos, misericordiosos, humildes»

(I Petr. 3. 8)

# EL AMOR DEL REDENTOR EN SU OBRA DE REDENCION

(Glosa a la HAURIETIS AQUAS)

“¡Oh maravillosa dignación de tu piedad para con nosotros! ¡Oh inestimable amor de caridad, que para redimir al esclavo, entregaste a tu Hijo! ¡Oh ciertamente necesario pecado de Adán, que fue borrado con la muerte de Cristo! ¡Oh feliz culpa, que mereció tener tal y tan grande Redentor!”

Así canta la Santa Madre Iglesia, en un transporte y como arrebatado de apasionado amor a su Divino Esposo Jesucristo, y al Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, en el “Praeconium Paschale” o Exaltación del Cirio Pas-

qual, símbolo precioso de Cristo Resucitado, la Vigilia nocturna de la Pascua de Resurrección. Cada año oímos alborozados y como sobrecogidos estas palabras, y siempre nos parecen nuevas. El lenguaje humano apenas tiene otra manera de dar salida al encendimiento de su amor, admirado y agradecido. Y aun después de esto, nos parece que todo es poco para expresar lo que no alcanzamos a expresar, para sentir lo que excede a todo lo que nos es posible sentir del amor de Nuestro amantísimo Redentor en su obra de Redención.

## 1.º Un símil de la grandeza de este amor

Comencemos parafraseando un hermosísimo y conmovedor pasaje de San Bernardo (1).

Estaba yo en la cárcel por mis delitos; se había juzgado mi causa, y se había dado contra mí sentencia de muerte; faltaban pocos días para la ejecución de la pena capital; mi pena, mi tristeza, mi angustia eran tan mortales, o más aún, que la misma muerte que me aguardaba. Y he aquí que cuando en un radiante mediodía que con su resplandor y su alegría invitaba a vivir, y mientras yo, cabizbajo y sumido en mis amarguísimos pensamientos, todo lo veía negro, oigo voces y algazara como de una muchedumbre de gente, que pasa por delante de la puerta de la cárcel; resuenan vítores mezclados con himnos triunfales de bandas de música. Atónito ante aquella novedad, pregunto a uno de los carceleros: ¿qué ocurre?”; y él: “es que pasa por aquí el hijo del Rey con espléndida comitiva y entre oleadas de gente entusiasmada, pues el Rey, su padre, le ha asociado a su reino, y el Hijo va tomar posesión del trono en solemnísimas fiestas”.

Al oír esto, cruza por mi mente un rayo de esperanza; me abalanzo a mi ventana abierta; y asíndome de los barrotes de la reja, comienzo a exclamar entre lágrimas y sollozos: ¡piedad, clemencia, indulto...!

En aquellos momentos pasa por delante de mi reja el Hijo del Rey; redoblo mis voces, entrecortadas por la más viva emoción; y cuál es mi asombro al ver que el Príncipe se detiene, y pregunta a uno de sus acompañantes: ¿quién es ese que así clama? Y le responde: es un infeliz, que habiendo ofendido gravísimamente a vuestro Padre, el Rey, ha sido condenado a pena de muerte como reo de lesa majestad.

Mayor es mi asombro cuando veo que el Príncipe se apea de su caballo, se dirige a la puerta de la cárcel,

hace que le abran la puerta de mi celda de preso, y se presenta delante de mí. Caigo a sus pies, hecho un mar de lágrimas, y no puedo decir otra cosa que ¡indulto, indulto! — Me interroga él, se entera de todo, y veo que en sus hermosos ojos brilla una luz de amorosa compasión. Se conmueve ante mi suprema desdicha; y al verme dolorosamente arrepentido, me dice: te concedo lo que pides; quedas indultado; saldrás de la prisión; pero yo me quedaré en ella, en vez de ti; y me someterá a la pena de muerte en tu lugar.

Confuso yo sobre toda ponderación, y anonadado ante tales palabras, le digo de rodillas al Hijo del Rey: ¡oh, no; eso de ninguna manera; eso no puede ser. Yo soy el que he pecado, yo soy el delincuente; si mi indulto ha de ser a tal precio, más vale que muera yo.

Y al insistir yo entre gemidos y lágrimas que lo que el Hijo del Rey me proponía, morir él para que yo viviese, era un exceso inadmisibles, me responde sereno y conmovido: “No eres tú sólo el que eres reo de lesa majestad contra mi Padre el Rey; hay muchísimos, innumerables como tú; y como el honor ultrajado de mi Padre y de todo el Reino se ha de reparar, y es preciso que la justicia quede satisfecha, y que al mismo tiempo obre yo según mi gran misericordia, llevaré hasta el fin mi decisión; pero, oye, te añado que pronto resucitaré glorioso, y que mi Reino no tendrá fin...”

Al oír esto, ¿qué he de decir al hijo del Rey?; que por lo menos me permita acompañarle cuando vaya a morir por mí y por cuantos son como yo; que quiero estar allí, cerca de él; y que si no muero entonces de pena, al ver que él muere por mí, esperaré ansioso su resurrección; y cuando le contemple resucitado, ya desde ahora me ofrezco y me entrego a él para servirle y para seguirle en todo: te seguiré a donde quiera que vayas.

## 2.º Grandiosa realidad

Lo que entre los hombres sería un “adynaton”, un imposible; lo que en el pasaje anterior es un símil, aunque tan gráfico y expresivo, es una realidad verdaderísima en el caso de Jesucristo Redentor, y nosotros sus redimidos. ¡Ojalá que lo que en la referida semejanza es tan maravillosamente real por parte de Jesucristo, sea también sinceramente real por parte nuestra!

He aquí, pues, cómo expone esta realidad de amor del Divino Redentor el Papa Pío XII en su Encíclica.

“El misterio de la Divina Redención es, ante todo y por su propia naturaleza, un misterio de amor: esto es, un misterio de amor justo de parte de Cristo para con su Padre celestial, a quien el sacrificio de la Cruz, ofrecido con corazón amante y obediente, presenta una satisfacción sobreabundante e infinita por los pecados del género humano. Cristo (enseña el Doctor Angélico) su-

(1) Serm. III de Circunc.

friendo por caridad y obediencia, ofreció a Dios algo de mayor valor que lo que exigía la compensación por todas las ofensas hechas a Dios por el género humano (2).

"Además, el misterio de la Redención es un misterio de amor misericordioso de la Augusta Trinidad y del Divino Redentor hacia la humanidad entera, puesto que, siendo ésta del todo incapaz de ofrecer a Dios una satisfacción condigna por sus propios delitos, Cristo, mediante la inescrutable riqueza de méritos, que nos ganó con la efusión de su preciosísima Sangre, pudo restablecer y perfeccionar aquel pacto de amistad entre Dios y los hombres, que había sido violado por vez primera en el Paraíso terrestre por culpa de Adán, y luego innumerables veces por la infidelidad del pueblo escogido".

Notemos que, como nos enseña el Papa, todo en la Redención es un misterio de amor; pero éste amor tiene sus peculiares propiedades en el Divino Redentor y en Augustísima Trinidad. El amor de Cristo se ha de considerar en sus dos aspectos: amor para con el Padre celestial, y amor para con nosotros, los hombres. Para con el Padre el amor de Cristo es un "amor justo", es decir un amor que se muestra en volver por los derechos de Dios, en dar plena satisfacción a su justicia; y para con nosotros es un amor misericordioso, como lo es, también para nuestro inmenso bien, el amor de la Augusta Trinidad, que por sola su infinita misericordia se movió a remediar nuestra miseria.

Centremos ahora nuestra atención en el amor, a la vez de justicia y de misericordia, de nuestro Divino Redentor, procurando así desentrañar el contenido de las palabras aducidas del Papa.

#### a) *Amor verdadero y perfecto.*

Tanto en lo que se refiere al Padre celestial, como en lo que mira a nosotros, el amor de Cristo Redentor en su obra de Redención fue del todo verdadero y excelentemente perfecto.

El amor se muestra más en obras que en palabras. El amor es un afecto del alma; pero si este afecto se limita a solas palabras, a requiebros, a sentimientos amorosos, y no pasa a las obras, entonces es señal de que o el amor es fingido, o es débil. Cuando el amor es verdadero, firme y robusto, se muestra en obras; y cuanto las obras son más grandes y costosas, tanto más se demuestra con ellas al grandeza del amor. "Obras son amores, que no buenas razones", dice el refrán; y el Discípulo amado nos lo dice terminantemente: "Hijuelos míos, no amemos de palabra y con la lengua, sino con obra y de verdad" (3). Y este amor, que se manifiesta ser verdadero en las obras, consiste en la comunicación de bienes; porque amar es querer bien, y querer bien es hacer bien. Si amo de veras a una persona, le daré lo que tengo y cuanto puedo darle; y como dar es mucho, pero darse es más, mi amor será del todo perfecto, si después de dar lo que tengo y puedo a aquel a quien amo, me doy a él.

Tal fue el amor de Cristo Redentor para con su Padre celestial y para con nosotros. Se entregó por completo al Padre para obrar su santísima voluntad: "yo hago siempre lo que le agrada", dijo el mismo Jesús (4); se

dio a sí mismo a la glorificación y servicio del Padre con una entrega sincerísima, absoluta, heroica, constante. Vivió por el Padre y para el Padre.

Y respecto de nosotros, nos dio todos sus bienes: su doctrina, sus ejemplos, su vida, su Corazón, su Sangre hasta derramar la última gota de ella para redimirnos. Y no contento con dárnoslo todo, se nos dio Él a sí mismo. "Nobis datus, nobis natus", como canta la Iglesia en el himno eucarístico "Pange, lingua"; y en el himno "Verbum supernum": "Se nascens dedit socium; Convalescens, in edulium; Se moriens, in pretium; — Se regnans dat in praemium": "Naciendo se nos dio por compañero; — En la última Cena, por comida; — Muriendo en Cruz, en precio verdadero; — Reinando se nos da en premio de vida". — Lleno como estaba de toda la plenitud de Dios, no se la reservó para Sí, y quiso que de su plenitud participásemos todos (5).

Dice S. Pablo, y lo repite tres veces, que Jesucristo nos amó, y se entregó por nosotros; ¿para qué sino para redimirnos? (6). Y consueña S. Juan: "nos amó y nos rescató de nuestros pecados" (7). Este amor es el principio y origen de la obra de la Redención: "por el extremado amor con que nos vivificó" (8). Quizá nadie ha explicado tan honda y delicadamente este amor en la obra de la Redención, como el B. Maestro Juan de Avila en el discurso que encabeza la serie de sus maravillosos sermones eucarísticos.

Y de este amor proceden los preciosos frutos de la copiosa Redención de Cristo; el doble fruto, al que tantas veces oímos aludir en la oración de la SSma. Eucaristía, cuando pedimos la gracia de venerar de tal manera los misterios del Cuerpo y Sangre de Cristo, que sintamos y experimentemos continuamente en nosotros el fruto, el doble fruto, de su Redención; es decir: la liberación completa de nuestras culpas y de los males causados por ellas en nuestras almas, y la participación de la misma vida de Cristo, vida de Gracia en la tierra, y vida de Gloria en el cielo.

#### b) *Amor de obediencia reparadora.*

"Redimió (Cristo) por obediencia el mundo perdido por falta de ella, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz". Así dice S. Ignacio en su inmortal Carta sobre la obediencia; y lo dice fundándose en S. Pablo (9); y esta es la pura verdad, pues no fuimos redimidos precisa y solamente por los sufrimientos del alma y cuerpo de Cristo, por su Cruz y su muerte, sino por la perfectísima y amorosa obediencia con que Cristo aceptó voluntariamente aquellos sufrimientos, aquella Cruz, aquella muerte.

La obediencia de Cristo fue el sacrificio aceptísimo al Padre celestial, con que fue aplacado y nos reconcilió consigo. Ni tan sólo sacrificio, sino propiamente holocausto; pues como enseña S. Ignacio, la obediencia perfecta "es un holocausto, en el cual el hombre todo entero, sin dividir nada de sí, se ofrece en el fuego de caridad a su Criador y Señor por mano de sus ministros. El fuego del amor, amor de caridad perfectísima, es el que

(5) Io., 1, 16.

(6) Gal., 2, 20; Ef., 5, 2; y 5, 25.

(7) Apoc., 4, 5.

(8) Ef., 2, 4-5.

(9) Phil., 2, 8.

(2) Summ. Th., III, q. 48, a. 2.

(3) 1 Io., 3, 18.

(4) Io., 8, 29.

consumió en sacrificio completo toda la Sacratísima Humanidad de Jesús, para que fuese perfecta la inmolación de su vida, como Redención nuestra, al haberse ofrecido para ello en plenísima obediencia al beneplácito del Padre celestial.

Y esta obediencia fue un sacrificio y holocausto reparador, pues como la desobediencia es lo que nos había perdido, había de ser la obediencia de Cristo la que reparase el honor divino, ultrajado por nuestra desobediencia a su ley o a sus representantes; y la que reparase también todos nuestros males, consuelos todos por nuestra desobediencia. Claramente lo dice S. Pablo: "Como por la desobediencia de un solo hombre fueron constituidos pecadores los que eran muchos, así también por la obediencia de uno solo serán constituidos justos los que son muchos" (10).

c) *Amor que concilia la justicia de Dios con su misericordia.*

El amor de Dios a los hombres, amor de Padre amantísimo, y el amor de Cristo a todos nosotros, amor de Hermano Primogénito y de Amigo fidelísimo, llamó, por decirlo así, a la justicia divina y a su misericordia, e hizo que se abrazasen y se diesen beso de paz. Todo fue obra de amor. Lo expresa así el Papa al terminar el punto que estamos glosando, del Misterio de la Redención como Misterio de amor: "Por tanto, el Divino Redentor, en su cualidad de legítimo y perfecto Mediador nuestro, habiendo conciliado, a impulso del ardentísimo amor que nos tenía, las obligaciones y compromisos del género humano con los derechos de Dios, ha sido sin duda el autor de aquella maravillosa reconciliación entre la divina justicia y la divina misericordia, que justamente constituye la absoluta trascendencia del misterio de nuestra salvación, tan sabiamente expresada por el Doctor Angélico con estas palabras: Conviene observar que la liberación del hombre, mediante la pasión de Cristo, fue conveniente tanto a su justicia como a su misericordia. Ante todo, a la justicia, porque con su pasión Cristo satisfizo por la culpa del género humano; y, de consiguiente, por la justicia de Cristo fue libertado el hombre. Y en segundo lugar a la misericordia, porque, no siéndole posible al hombre satisfacer por el pecado, que manchaba toda la naturaleza humana, Dios le dio

(10) Rom., 5, 19.

un Reparador en la persona de su Hijo. Ahora bien: esto fue de parte de Dios una decisión de más generosa misericordia que si Él hubiese perdonado los pecados sin exigir satisfacción alguna. Por eso está escrito: Dios, que es rico en misericordia, movido del excesivo amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente con Cristo" (11).

Con esto quedó también burlado y del todo vencido el enemigo de Dios y de los hombres, Lucifer, como hermosamente lo expone el Papa S. León Magno (12), por estas palabras: "Porque se alababa el demonio de que el hombre, inducido por su engaño al pecado, había ya de carecer de los dones del cielo, y que, desnudado del don de la inmortalidad, quedaba sujeto a dura sentencia de muerte; y porque decía que había hallado algún consuelo de su caída y de su mal con la compañía y consorcio de otro pecador, el hombre; y que Dios también, pidiéndolo así la razón de su severidad y justicia para con el hombre, al cual crió para honra tan grande, había mudado su antiguo y primer parecer; por eso fue necesario que usase Dios de nueva y secreta forma de consejo, para que Él, que es inmutable, y cuya voluntad no puede ser impedida en los grandes y generosos bienes que determina hacer, cumplierse con misterio más secreto el primer decreto y ordenación de su clemencia; y para que el hombre, por haber sido inducido a culpa por el engaño y astucia de la malignidad infernal, no pereciese contra lo que Dios había ordenado". Y este misterio tan profundo y maravilloso, con el que todo quedó arreglado, satisfecha la justicia, enaltecida la misericordia, y derrotado el soberbio enemigo, es el gran Misterio de amor de la Redención.

El amor, dice el Kempis, hace grandes cosas; y el amor de Dios a los hombres hizo la obra sobremanera grande de reconciliar la justicia divina con su misericordia, y de mantener clementísimamente su primer decreto de la elevación del linaje humano a la unión sobrenatural con Él, a pesar de su sentencia justa contra el hombre pecador, sentencia de muerte, cumplida en bien de todos los hombres y con sobreabundante satisfacción por Cristo Redentor. Todo, misterio inefable del infinito amor de Dios.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

(11) Summ. Th., III, q. 46, a. 1., ad. 3; y Ef., 2, 4.

(12) De Nativ., serm., II.

## MISIÓN SOCIAL DEL TIBIDABO

**«Subid al Tibidabo a expiar al Corazón Sacratísimo de Jesús. Haced que irradie de aquí santidad, baje a nuestra ciudad, limpie de podredumbre los centros de corrupción y haga que florezcan cada día mejor los centros de piedad, de religiosidad, de amor al prójimo, de asistencia material a todos los necesitados, de visita a los enfermos. Que en vez de afán de diversiones surja en los corazones el afán de hacer el bien, prodigar consuelos a los que están en los hospitales, visitar los tugurios de los pobres, elevar su condición y crear obras donde puedan acogerse los más menesterosos, elevar su condición social y prepararse para las luchas de la vida.»**

(Alocución del Dr. Modrego, Arzobispo-Obispo de Barcelona. 3 de diciembre de 1950.)

# DE HOBBS A ROUSSEAU

## La muerte del Derecho Natural

Comparar Tomás Hobbes y Rousseau es fascinante, y la comparación no ha dejado nunca de poner a prueba a los mejores y más estudiosos doctrinarios políticos. Si por una parte Rousseau es el vindicador de la libertad del hombre ante la tiranía del soberano, por otra encontramos páginas enteras en el Contrato Social sobre las que parece cargar todo el peso del Leviatán o del *De Cive*. Nos limitaremos a señalar únicamente las que nos parecen causa de la que, más que concordia discordante, llamaremos discordia concordante: una concordia superficial que corresponde a una discordia profunda.

Tomás Hobbes fue indudablemente el primer e insuperado teórico del Estado absoluto, del Estado sin límites ni trabas a su acción y sin control en su existencia. Pero en el fondo hay siempre en el pensamiento de Hobbes algo parecido a una tensión dudosa. Es verdad que para él es justo todo aquello que el soberano determina e injusto aquello que prohíbe; pero con todo mantiene, aunque sea en el Estado de hipótesis y con escasa coherencia metafísica, el germen de un bien y un mal independiente de la voluntad soberana. Tan verdad es que — para demostrar que la voluntad soberana es siempre justa — recurre a una definición de justicia meramente lógica: el soberano, extraño al pacto social, no tiene deberes respecto a sus súbditos, por eso ninguno de sus mandatos puede llamarse injusto. Podrá ser malvado, podrá ser odioso, pero nunca injusto. Con ello se deja brecha abierta a un bien y a un mal superior al Estado, a la posibilidad de un juicio de los particulares respecto al soberano: será un juicio ineficaz, pero siempre legítimo. Sería exagerado decir que Hobbes acepta el principio del mal menor (antes que el *bellum omnium contra omnes*, mejor es un soberano malvado), pero está fuera de duda que el derecho natural, como un límite moral a lo menos en principio, no está aún muerto.

\* \* \*

Pero para Rousseau el problema no podía ser tan sencillo. También él atribuye a la sociedad la misión de conservar la vida, pero la vida sin libertad, no es vida. Su visión del hombre difiere totalmente de la mecanicista, y la libertad es ciertamente su primera preocupación. Por ello es imposible pensar que el hombre considere justo aquello que le parece malo. Por otra parte la corriente racionalista del iluminismo había difundido el criterio iusnaturalístico hasta hacerlo degenerar en un verdadero y propio mecanismo. El Cassirer en su *Filosofía del Iluminismo* analizó de modo definitivo el paso que se da en Voltaire (el más amante de la libertad entre los iluministas franceses) de la sociedad fundada en la razón a la sociedad fundada sobre un determinismo psicosociológico. De ahí que Rousseau para esquivar el Estado razón y sus tristes consecuencias, cae en brazos del Estado voluntad. “La primera ley es velar por su propia conservación... y, siendo él sólo el único juez de los me-

dios propios para conservarla, viene a ser por lo mismo su propio dueño” (*Contrato Social*, 1, 2). La frase parece tomada de Hobbes. Y estamos efectivamente en el camino de Hobbes. Las cláusulas del pacto social “*se reducen todas a una sola, a saber, la alienación total de cada uno de los asociados con todos sus derechos a toda la comunidad*” (C. S., 1, 6). Esto es todavía Hobbes, sólo que en lugar del soberano es aquí la comunidad, la voluntad general.

\* \* \*

El cambio no carece de profundo significado. El concepto de voluntad general de Rousseau es bastante impreciso y difícilmente definible. El mismo, lo expone como bien común, como denominador común de la voluntad de los particulares, o con fórmula parecidas según el contexto, fórmulas de las que él quizá no advertía la diferencia de contenido, como ocurrió en el siglo siguiente al tratar de aplicarlas con precisión jurídica. Esta voluntad consiste en la prosecución del interés general, contra todos los intereses particulares y en interés de todos. “Ahora bien, el soberano (o sea el cuerpo social que expresa la voluntad general) estando formado por cada uno de los que lo componen, no tiene, no puede tener intereses contrarios a los suyos... El soberano, por lo mismo que es tal, es siempre todo lo que debe ser” (C. S., 1, 7). La fórmula es todavía hobbesiana, lo mismo que el tipo de autoridad que de ella se deriva; pero la sustancia conceptual es el polo opuesto: el soberano por ser el que define lo que es justo, define automáticamente por lo mismo, lo que es bueno. Quienquiera que rechace obedecer a la voluntad general, será obligado a ello por todo el cuerpo (social), lo que no significa otra cosa sino que *se le obligará a ser libre*; tal es en efecto la condición lograda con dar todo ciudadano a la patria; ésta le redime de toda personal servidumbre... única condición que hace legítimas las obligaciones civiles. Sin ella estas obligaciones serían absurdas, tiránicas y sujetas a los más enormes abusos (C. S., 1, 7). Tiránías y abusos que Hobbes acepta y reconoce como a tales pero inevitables, mientras Rousseau rehúsa considerarlos como en esta forma cuando provienen de la voluntad general; lo que equivale a decir que la voluntad general es creadora del bien.

Ejemplo significativo de tan sustancial diferencia bajo un aspecto de concordancia entre Hobbes y Rousseau es el problema religión-estado. Pero como la determinación del contenido de la revelación es un hecho humano capaz de dar lugar a luchas y guerras, se sustrae a los particulares y es confiada al soberano, que por lo tanto se convierte en *intérprete auténtico* de la religión y de lo sobrenatural. Para Rousseau la voluntad general es *el origen y la fuente* de las moralidad, y por ello — según los cánones del tiempo — de la religión. Así la religión no es algo superestatal, presentado a los individuos por el soberano, y es una creación del soberano.

Se ha llegado pues a lo irreparable: el bien se ha confundido con lo justo, o sea en la voluntad general. Ya no

es — como nota agudamente Welzel — que un interés general sea justo porque corresponda a ciertos valores, sino que adquiere estos valores porque es general. La tensión de Hobbes se ha resuelto, el derecho natural ha muerto. Y ha muerto, preciso es decirlo, por la libertad.

\* \* \*

¿Pero la inmólación del derecho natural en el altar de la libertad ha sido fructuosa? La voluntad general ha dado lugar a dos diversas doctrinas políticas, ninguna de las cuales fue ciertamente el ideal de Rousseau. En efecto, queriendo hacer políticamente practicable el concepto de voluntad general, se imponía el deber de precisar de algún modo su significado, y por eso — tratándose de un criterio eminentemente formal — violentar su alcance en un sentido o en otro, pero en todo caso más allá de las intenciones del autor.

Es verdad que cuando se trata de preguntarse *cuál sea* el contenido concreto de la voluntad general, Rousseau parece inclinarse a contestar según los cánones del tardío iluminismo antes mencionado. En este terreno psicossociológico de un Voltaire el injerto de un criterio voluntadístico hace surgir un concepto nuevo, que durante dos siglos tendrá grande y funesta importancia en la historia europea: el concepto de nacionalidad. Ya el Cassier (“El problema Jean Jacques Rousseau”) señala con la acostumbrada agudeza el origen en Rousseau de un tercer responsable de los males del mundo, además de Dios y del hombre: la sociedad. La sociedad como portadora de responsabilidad es indudablemente un elemento original y característico de Rousseau. Vossler, en 1937, moviéndose en el camino de Cassirer, interpreta inteligentemente a Rousseau en sentido nacionalístico, en la honrada tentativa de reivindicar para el nazismo orígenes roussonianos. Y muy difícilmente podría darle otra interpretación: si debe existir un denominador común de la voluntad de cada uno de los componentes del cuerpo social, ¿dónde nace este común denominador y dónde acaba su posibilidad conceptual? ¿Cómo es posible una voluntad general sin un vínculo íntimo e irracional ya existente entre todos los ciudadanos? Y concluye Vossler: “La nación es pues algo que supera en mucho la personalidad particular y la suma de estas particularidades. Es un ser moral superindividual con voluntad propia, conciencia propia, vida propia, en una palabra, la nación es una personalidad colectiva de naturaleza moral y su-

perior” (“La idea de nación de Rousseau a Ranke”, página 30).

Siguiendo este camino la reducción de la voluntad general a nacionalismo físico exasperado, es inevitable: para Hadolfo Hitler el estado es un medio para alcanzar un fin, la nación. “El Estado es un medio para alcanzar un fin. Su fin consiste en la conservación y en el incremento de una comunidad conducente a *una vida física y moral homogénea*. Esta misma conservación incluye la existencia de una raza...” (Mein Kampf, ed. ital., pág. 30). Así se explica el parentesco entre el determinismo físico nazista y el idealismo ético fascista: un parentesco conceptual que ha parecido extraño a Sabine en su “Historia de las doctrinas políticas”, historia en la cual desgraciadamente sus abundantes exposiciones no ofrecen siempre igual seguridad en los análisis conceptuales.

\* \* \*

Cuando por el contrario se quiere puntualizar sobre la puesta en práctica de la voluntad general, o sea *sobre el método para determinarla* en el caso concreto y sin la previa aceptación de la premisa nacionalística, se encontrará necesariamente con el criterio de la mayoría a la cual el mismo Rousseau no logra esquivar. Se da así aquel particular tipo de democracia decidido por la mayoría, bueno en hipótesis, por definición; aquella democracia de tipo liberal que ha prosperado contemporáneamente al nacionalismo fascista y nazista; a aquel concepto de bondad y de justicia que está hoy siendo abandonado en todas partes (aparte de algunos estudiosos italianos) ante la imprescindible exigencia de hacer resucitar en cierto modo el derecho natural.

El amor por la libertad ha, pues, conducido a Rousseau a matar la única garantía de la libertad: el derecho natural. Ciertamente el mismo apasionado amor por la libertad que impulsa a Rousseau a caminos tan peligrosos, debe indicar que la libertad es incompatible con absoluta autonomía del derecho. Resolver el bien en lo justo, sea en el terreno práctico como Hobbes, sea en terreno teórico como Rousseau, *es la muerte de la libertad*. Si comparamos el Mein Kampf y el Contrato Social; tendremos inmediatamente una lección impresionante para cualquiera que conserve todavía la ilusión de buscar la libertad en este camino. La desesperada y apasionada tentativa de Rousseau, junto a la sangrienta quiebra de un mundo que ha querido darse un derecho autónomo y autóctono, parecen repetirnos las amonestadoras palabras de Dios: sólo la verdad os hará libres.

Enrique CHIAVACCI



## Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Julio - 1961

- GENERAL:** «Que el tiempo libre del trabajo se emplee en procurar la salud del alma y cuerpo de manera conforme a la ley de Dios».
- MISIONAL:** «Que la Acción Católica y las demás asociaciones seglares se adapten convenientemente».



# ORTEGA Y LAS VIRTUDES PEQUEÑAS

Son la prudencia, la rectitud, la conciencia, la probidad, en suma, virtudes que deben informar la vida de todos, y muy especialmente la de los que ejercen profesión al servicio del prójimo.

Sin embargo, don JOSÉ ORTEGA Y GASSET nos dice que esas virtudes son secundarias, son de tono menor, son las virtudes de cobarde. Oigámosle a él mismo, textualmente. Trátase de su obra *“Mirabeau o el Político”*, publicada en el año de 1927, o sea, cuando Ortega contaba cuarenta y cuatro años. Ello excluye de antemano toda disculpa de obra de juventud.

En ella comienza por indignarse con la frase de Joseph Chénier: “No hay grande hombre sin virtud; y desarrollando su postura, nos habla del *hombre mediocre y el grande hombre*; de la magnanimidad y de la pusilanimidad; de las *almas grandes* y de las *almas chicas*; con cita de Nietzsche, de la *moral de los señores* y la *moral de los esclavos*; de los grandes como César y Napoleón; del *hombre de obras* y del *hombre menor*; concreta las virtudes exigidas por Chenier a Mirabeau en aquellas que — según Ortega — son “las maneras normales de comportarse los pequeños hombre, las almas chicas”. Esos hombres, dice, en efecto, son virtuosos porque “no estafan, no mienten, no estupran”. Esas cosas son inmorales. Y sienta a continuación:

*“Conste, pues, que no me ocurre disputar el título de virtudes a la honradez, a la veracidad, a la templanza sexual. Son, sin duda, virtudes; pero pequeñas; son las virtudes de la pusilanimidad. Frente a ellas encuentro las virtudes creadoras, de grandes dimensiones, las virtudes magnánimas.”*

*“Es, sin disputa, más fácil y obvio no mentir que ser César o Mirabeau. Ni fuera exagerado afirmar que la inmoralidad máxima es esa preferencia invertida en que exalta o mediocre sobre lo óptimo” ya que “aquella subversión se encarece casi siempre en nombre de una moral, falsa, claro está, y repugnante”.*

*“Es preciso ir educando a España para la óptica de la magnanimidad, ya que es un pueblo ahogado por el exceso de virtudes pusilánimes. Cada día adquiere mayor predominio, la moral canija de las almas mediocres... que es mortal cuando pretende dirigir una raza y, apostada en todos los lugares estratégicos, se dedica a aplastar todo germen de superioridad.”*

Luego, para justificar tales afirmaciones distingue al político, al hombre de acción, del intelectual, adscribiendo aquellos vicios a los primeros, y repeliéndolos para los segundos<sup>1</sup>.

Con todo el respeto que merecen las agregias condiciones de Ortega y Gasset, y sobre todo, el hecho insoslayable de su muerte, que no le permite rectificar ya

esas afirmaciones de hace poco más de treinta años, he aquí que un mediocre, seguramente un pusilánime y desde luego, un pecador, se permite a su vez indignarse con la lectura de esos textos, no sólo disolventes, sino que éstos sí subvierten las normas claras, diáfanas, de la Moral del Catecismo, del Decálogo.

Porque es posible que haya pecados y pecados; pecados grandes y pecados chicos; que haya una escala de virtudes, y por tanto, virtudes magnas y virtudes menores. Pero afirmar tranquilamente que la veracidad de honradez y la templanza sexual son virtudes pequeñas — es decir, virtudes de los pequeños —, arguye una de dos cosas: o que no se conoce el verdadero valor de lo que se está sosteniendo, o que se trata de buscar una justificación. Y aún más: quizá se trate, tan sólo, de conferir una bula para el desenfreno.

Es clara la objeción que puede formularse: es que Ortega allí hablaba de la moral del gran hombre (César, Napoleón o Mirabeau) y no del hombre corriente, vulgar. Pero aparte de que él generalizó al sentar tan graves afirmaciones, Moral no hay más que una, igual para el hombre de acción que para el intelectual, idéntica para el grande hombre como para los demás. Y Ortega, claramente, ensalza lo que él llama las virtudes grandes, enfrentándolas con las otras, a las que él menosprecia.

Y cabe preguntarse: es que la bondad, la rectitud, la integridad, la probidad en suma — que no otra cosa suponen la veracidad, la honradez —, ¿son acaso virtudes pequeñas? Para un profesional, por ejemplo, sea de la clase que fuere — y naturalmente también para un escritor —, ¿no es lo primero ser honrado, ser veraz? Para con un amigo, ¿no es la primera virtud la de la lealtad? Para con la propia mujer, ¿no es la primera virtud la de la fidelidad? El defraudar, el estafar a la persona que ha puesto su confianza en nosotros, ¿no constituye el más grave pecado que los profesionales de toda índole podemos cometer? El engañar a un amigo, al abusar de la amistad que nos brindó, ¿no es pecado de primera magnitud?

De otra parte, el ser honesto, casto, puro de costumbres; el no cometer adulterio, el respetar la mujer ajena — y esto y no otra cosa es tener templanza sexual — no es una virtud imprescindible? Su violación, ¿no constituye pecado? ¿Es que ya no van a significar nada la propia estimación, el amor de la esposa, la confianza del amigo?

Pues don José Ortega conocía perfectamente las respuestas a todos estos interrogantes, cuando escribió aquellas tremendas palabras. Recordaría con toda nitidez el catecismo, y de él, del Decálogo, no se habría olvidado del séptimo mandamiento, que manda ser honrado, no estafar; del octavo mandamiento, el cual se viola cuando se miente, cuando se revelan secretos; del cuarto mandamiento, al que se opone el defraudar a un amigo; el mandato del sexto y del noveno mandamiento de la Ley de Dios, en cuya observancia de define la templanza sexual.

Así, no se entiende cómo es posible calificar a éstas de virtudes pequeñas, de virtudes del mediocre. Comete

1. JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Obras completas*, tomo III, 1927-1928, tercera edición, Revista de Occidente, Madrid, 1955, págs. 610 y 611.

error, porque, antes al contrario, son éstas las virtudes básicas, sin las que difícilmente pueden tenerse otras.

Pero es que además, hay confusión en la que Ortega sostiene. Cuáles serán esas virtudes magnas, grandes a las cuales contraponen las otras? No creo se pretenda que sean las dotes de talento que Dios haya depositado en nosotros. En todo caso, ésa sería nuestra gran carga y por tanto, nuestra gran responsabilidad, ya que de ellas hemos de dar estrecha cuenta a Dios. Precisamente, en ese punto, no el de la rendición de cuentas de los talentos, es en el que puede aparecer la pusilaminidad, al no haber sabido, conscientemente, hacer rendir a aquéllos todo el fruto que cabía esperar.

Y vuelve a haber confusión cuando contraponen aquellas virtudes a la magnanimidad. La magnanimidad encierra las otras virtudes. El magnánimo es verdadero, sincero... amigo fiel. No miente nunca, ... Es virtud (la magnanimidad) muy rara entre los hombres, puesto que supone el ejercicio de todas las demás virtudes, a las que da como la última mano y complemento. En realidad, los únicos verdaderamente magnánimos son los santos<sup>2</sup>. ¿Habrá que esforzarse en decir que César, Napoleón, o Mirabeau no fueron precisamente unos santos? No fueron por tanto, tampoco magnánimos en su verdadero sentido — y no en el que parece querer darle Ortega — aunque en algún caso hayan podido ser generosos, como indudablemente lo fue, por ejemplo, Julio César.

\* \* \*

Como es ya sabido, el P. RAMÍREZ publicó una obra, obra *importante* como suele decirse hoy, sobre Ortega y Gasset<sup>3</sup> el año 1958. En ella, como es natural, dedica una parte al estudio de la ética en Ortega, sobre todo, a la distinta valoración de las virtudes que este autor hace. Como también es sabido, LAIN se ocupó de la obra del P. Ramírez en términos desfavorables, incluso en el estudio de las virtudes, de que estamos hablando<sup>4</sup>. Y así, hubo otros comentarios que no es del caso citar.

Pero lo verdaderamente sorprendente ha sido la crítica de ARANGUREN. Don JOSÉ LUIS L. ARANGUREN, filósofo católico, o como él mismo dice, "católico dedicado a la filosofía", arremetió duramente contra el P. Ramírez, saliendo en defensa de Ortega y su obra, y precisamente en este punto que estamos contemplando de la Moral<sup>5</sup>. Dedicó todo un capítulo, el IV, al estudio de "*La magnanimidad, virtud fundamental*". Y en su página 34, al comentar Aranguren las afirmaciones de Ortega, que nosotros hemos transcrito más arriba, y después de apos-

tillar que se trata de una *exageración* — la *exageración* tan cara a Ortega, comenta —, dice lo que sigue:

*"Hoy no podría decirse, ciertamente, que la honradez y la veracidad sean virtudes mediocres, practicadas por muchos. Los tiempos cambian, y no siempre para bien. A los «buenos» católicos de entonces podía haberse dirigido esta otra frase ..."* (y copia la de la óptica, también transcrita por nosotros).

Confieso que me quedé perplejo ante la cita y sobre todo, ante el comentario. Porque aún dando por supuesto que Ortega hubiera de pensar, así, y lo dijera con exageración; aún suponiendo que Ortega quiso decir tan sólo lo que Aranguren interpreta, o sea, que aquellas virtudes son las practicadas por los más, cuando lo que realmente quiso decir y dijo es que esas son virtudes sin importancia; dejando a un lado que pueda ser cierto que hoy (1959) estemos más necesitados colectivamente de esas virtudes que en la fecha de la publicación del trabajo (1927-28), durante la dictadura de Primo de Rivera; aún admitiendo que los tiempos que corremos sean peores que aquéllos; lo que verdaderamente nos asombra es que un filósofo católico, un tratadista católico de Ética, no tenga otro comentario para un texto como aquél que el de esa crítica a la situación, ese casi ligero tonillo sobre nuestro vigente régimen de cosas. Por toda crítica, el ilustre profesor sólo nos advierte, sólo nos enseña que es en verdad Ortega un poquito exagerado. Ante tamaña inhibición es ante lo que hemos quedado perpejos, desorientados, confusos...

Y este es el mal. El fruto de la confusión es el que se está cosechando, incluso entre los que no carecen del todo de formación, entre los que tienen la suficiente preparación para discernir bien. Se han criticado los modos, las formas del P. Ramírez; y en fuerza de fijarse en lo accidental, se oculta al lector la verdad, se omite el desenmascarar el error; la verdad del error en que incurre Ortega, desde el punto de vista de la moral cristiana. Y con ello, al observar que esta crítica viene del campo católico, y de lo más granado de que se dispone en el campo intelectual, dejan al lector sin saber qué pensar, desorientado, confuso.

Y lo peregrino del caso es que, en lugar de la actuación que reclamamos, nos vienen a hablar de un peligro tangible, de la crisis de anticlericalismo y aún más — añaden — por la que está pasando parte de la juventud universitaria. Peligro que no dudamos existe, cuando plumas tan autorizadas nos lo denuncian. Pero en lugar de ser consecuentes con su postura, no sólo no descubren los errores allí donde se encuentran, sino que hacen responsable de tal situación a quien se apresura, con toda verdad y toda autoridad, a advertirlos. ¡Cómo nos recuerda esto a cierta frase de González Palomino, que al tratar de la buena fe hipotecaria, decía que eso supone tanto como *procesar por incendiario al que ve un fuego en la lejanía*; o mejor al que lo denuncia y corre a apagarlo!

MARCOS GUIMERA PERAZA

2. FR. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P. "*Teología de la perfección cristiana*", 2.<sup>a</sup> edición, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1955, pág. 550.

3. SANTIAGO RAMÍREZ, O. P., "*La filosofía de Ortega y Gasset*", Barcelona, Editorial Herder, 1958.

4. PEDRO LAIN ENTRALGO, "*Los católicos y Ortega*", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, mayo, 1958, n.º 101, Sección de notas, pág. 289.

5. JOSÉ LUIS L. ARANGUREN, "*La Ética de Ortega*", Cuadernos Taurus, n.º 1, 1958.

# PENSAMIENTO DE MELLA SOBRE LA EDUCACION NACIONAL

Con razón es llamado Mella tribuno de la tradición, porque en realidad toda su obra de pensador, orador, escritor, consiste en exponer, demostrar, ilustrar y aun cantar las verdades constitutivas de la tradición cristiana española.

Varón verdaderamente dichoso, pues recibió del Cielo el don de su sin par elocuencia y el de ponerla al servicio de tan alto ideal.

Entre esas verdades de la tradición cristiana española, y de la simplemente cristiana y católica, figuran las referentes a la educación nacional.

El gran apóstol tuvo no ya ocasión, sino urgente necesidad de tratar de estas verdades, porque el fermento anticlerical y aun antirreligioso del liberalismo español de su tiempo inspiraba continuamente medidas políticas contra el ideal católico de la educación religiosa en una sociedad católica: medidas no sólo condenables por motivos de teología, sino por exigencias de una sana democracia.

Estimulada la conciencia de Mella por esa ofensiva liberal defendió en este punto, dentro y fuera del parlamento, la verdad católica, no opiniones personales. Y así había de ser.

Mella era un hombre de fe profunda y sincera — católico a machamartillo, como de sí decía su cordial amigo Menéndez Pelayo —; pero era además, doctísimo en Filosofía, en Teología, en Historia de la Iglesia, en Derecho público eclesiástico...; y teniendo la Iglesia, como tiene, una doctrina precisa y verdadera sobre la educación, es natural que Mella la tuviese por suya, y la expusiera y defendiera contra los ataques del mundo liberal.

Su originalidad en este punto ha de quedar reducida a la vigorosa, perspicaz y concluyente dialéctica con que pone en plena luz el pensamiento tradicional de la Santa Iglesia.

Ese pensamiento, hecho suyo, lo expresa Mella en las siguientes conclusiones o afirmaciones principales, lógicamente concatenadas, después de haber sido demostradas, de las cuales unas se refieren al contenido de la educación, otras al sujeto del derecho a educar.

El catolicismo, dice, dio unidad a nuestro pueblo, formó su alma e inspiró toda su historia: sus creaciones culturales como filosofía, teología, derecho, literatura, arte, política, vida religiosa, hechos de régimen interno y de proyección internacional, desde que penetró en nuestra tierra hasta los tiempos actuales. Luego ni el ser ni la historia de España son inteligibles a quien no conoce la religión católica. Sin embargo, todo español está obligado al conocimiento de España. ¿Cómo la amaré si no la conoce? ¿Qué patriotismo será el suyo? Debe, pues, estudiar la religión católica, sin cuya inteligencia no poseerá jamás tal conocimiento de su patria.

Este razonamiento lo aplica también a Europa o, diríamos hoy, al mundo occidental, pues todo este mundo fue formado principalmente por la religión católica, como lo fue España, ya que la reforma protestante llegó cuando el proceso vital de su evolución estaba tan adelantado; ni influyó profundamente en toda Europa y Occidente, y donde influyó no anuló los caracteres básicos ya im-

presos por la religión tradicional, aunque introdujera importantes deformaciones.

Tampoco, pues, es posible conocer el mundo occidental fuera de España, sin estudiar a fondo el catolicismo. Tanto más cuanto que el mismo protestantismo no puede entenderse sin haber comprendido previamente el catolicismo contra el cual se rebela.

Luego todo europeo u occidental, por la obligación en que se halla de conocer su propio mundo, ha de estudiar la religión católica. Y aunque occidental no sea, si quiere estudiar y conocer a España y a Occidente, habrá de estudiar a fondo el catolicismo.

Este raciocinio de Mella prescinde de si en España son todos católicos o no lo son, y de si lo son o no los alumnos de las escuelas. Estima que aun los no católicos deben, por las razones dichas, estudiar la religión católica; sin que el imponerles legalmente tal obligación implique violación de sus conciencias, porque una cosa, dice, es imponer la fe o coaccionar para que se abrace, y otra imponer su estudio por razones de cultura, sin exigir en modo alguno el asentimiento ni la profesión externa. Como se exige el estudio de los diversos sistemas filosóficos y aun de diversas religiones, vgr. el budismo, el brahmanismo, el sintoísmo, y el paganismo con toda su mitología, y no digamos el islam, sin tratar de arrancar a los alumnos el asentimiento interior.

Mella, que en el orden dogmático profesaba la intransigencia de la Iglesia, no otra diferente, en el orden práctico era, como lo es la misma Iglesia, sumamente comprensivo y respetuoso de las conciencias.

Dialogando con los liberales que abogaban porque la enseñanza de la religión en la escuela fuera potestativa o simplemente se suprimiera, a fin de no herir a los padres que no desearan educación religiosa para sus hijos, Mella, sin dejar de ver que en la sociedad española de su tiempo ese temor no era práctico, y sólo se exhibía, como instrumento de sectarismo, aceptaba hábilmente el supuesto de sus adversarios, y en él justificaba estas terminantes afirmaciones:

“Donde no hay unidad de creencias, no puede haber escuela única o del mismo contenido para todos; debe haber escuelas propias para cada creencia; y, por lo mismo, ha de haber separación de presupuestos”.

Esta es la síntesis. Detallando algo más, el pensamiento de Mella, se expresaría así: El liberalismo sectario, e hipócrita además, pide, en primer lugar, la declaración de que la enseñanza religiosa sea potestativa en la escuela, y eso para no ofender la conciencia de quienes no quieran que sus hijos reciban esa enseñanza (tomo 19 de Ob. com. p. 160-163); pero, después de la enseñanza religiosa potestativa, pide la *escuela neutra*, o sea en que no se enseñe a nadie la religión: enséñese en la familia y en la Iglesia (p. 163-166); y al mismo tiempo exige *libertad de cátedra* o franquicia para el catedrático en la enseñanza de todas sus doctrinas: con lo que la escuela no es ya neutra, y la libertad de conciencia de los inermes alumnos no queda respetada (p. 166-169). Desautorizados uno por uno estos tres pasos del liberalismo con

notable vigor dialéctico, Mella precisa su pensamiento en las siguientes conclusiones:

1.<sup>a</sup> No puede haber escuela única o sea, del mismo contenido, en una sociedad pluralista. Porque “si no hay unidad de símbolo en la doctrina y de decálogo en la moral, no puede haber enseñanza única ni, por lo tanto, escuela única. Con dos conceptos opuestos del hombre, no puede haber una sola enseñanza para el hombre. Por eso, cuando un Estado neutral, a un tiempo ignorante y pedagogo, quiere imponer la unidad de la escuela sobre la diversidad de creencias, no le quedan más que dos procedimientos y dos formas para realizarlo: la escuela neutra y la universidad anárquica. La escuela neutra es la supresión de la enseñanza religiosa de los creyentes en favor de los que no creen. La universidad, como conglomerado de sistemas, donde se hablan las lenguas de todas las sectas, es una Babel. Hacina en las cátedras a la juventud, para que en unas oiga decir sí, en otros no, y en otras qué sé yo, y del choque de tantas opiniones, del remolino confuso de ideas heterogéneas en torno de inteligencias sin preparación y sin dirección, por seguir varias corrientes a un tiempo, quedan, no las bases de una cultura sólida, sino la anarquía mental y la niebla del escepticismo, que mata la fe y el entusiasmo en las almas. Amputación de las creencias, mutilando la conciencia, o anarquía primero y escepticismo después. Tal es la terrible disyuntiva, sepulcro de las civilizaciones que se pudren, adonde va a parar la escuela única, creación ficticia y externa de una ley tiránica, con enseñanzas contrarias que la niegan y la desgarran por dentro”. (O. C. 19, pp. 172-173.)

2.<sup>a</sup> Donde haya pluralidad de creencias ha de haber separación de escuelas. Claro que para Mella esa pluralidad de creencias es un mal, como la unidad, y en la fe católica, es un bien. Pero, supuesta la pluralidad de creencias, la escuela única y neutra — o positivamente sectaria — es un instrumento de la máxima injusticia, porque no sólo impide la educación religiosa, sino que será causa de educación antirreligiosa (p. 173-177).

3.<sup>a</sup> Donde haya separación de escuelas ha de haber separación de presupuestos. La mente de Mella es que los padres católicos no han de pagar la escuela acatólica o anticatólica: esa páguenla los acatólicos y anticatólicos. No niega el gran orador que en un país pluralista sea justo atender con el *presupuesto nacional*, recaudado con las aportaciones de todos, al sostenimiento de escuelas católicas y no católicas, pues eso es justo y pasa hoy en muchos países ejemplares en este punto, vgr. en Holanda y Bélgica, y en realidad es aplicación del principio de Mella: cada creencia paga lo suyo con sus contribuciones respectivas. Lo que niega es que, en un país como la España de su tiempo, católico en su totalidad, a los católicos se les imponga escuela no católica, y pagada por ellos además (p. 177-9), una escuela uniforme neutra o laica para todos.

4.<sup>a</sup> Esa separación de presupuestos, pensaba Mella, se puede realizar de dos modos: o renunciando al Estado a la función docente, que no es suya, y dejándola a la sociedad misma, pues entonces cada creencia creará y sostendrá sus propias escuelas; o bien, mientras detenta la enseñanza con monopolio directo o indirecto, determinando el número de católicos y no católicos del país,

y repartiendo el presupuesto de enseñanza proporcionalmente.

He aquí sus palabras: “La separación de presupuesto, consecuencia lógica de la separación de escuelas, como ésta lo es de la separación de creencias y del Estado, neutral entre sus contiendas, es una exigencia de la libertad, que hay que imponer a los poderes públicos. Y es una operación muy fácil de realizar. Cuando el Estado devuelva la función docente que usurpa porque no es política, sino social, y que él, con una centralización absurda, ha convertido en un servicio administrativo, la separación de presupuestos se producirá ella sola. Pero aun mientras detenta la enseñanza, mientras no reduce su acción tutelar a la simple inspección pública, a la cooperación, que son las únicas atribuciones que le corresponden, si quiere dejar a la voluntad social manifestarse, si se inclina antes esa opinión que tanto invoca, no tiene más que leer la estadística de la población que él mismo forma, y sumar entre los veinte millones de españoles los que son católicos y los que no lo son, duplicar o triplicar siquiera la cuota con que por habitante se contribuye por año a la instrucción pública (aun con los nuevos aumentos no llega a dos pesetas), y hacer el reparto y la entrega a la representación de las diversas escuelas, que le facilitarían el trabajo y eliminarían una multitud de organismos tan costosos como inútiles”. (O. C. 19, pp. 178-179.)

En estos últimos 25 años ha adquirido sangrante actualidad en todo el mundo, y también en España, el aspecto económico de la enseñanza no estatal; y se han sugerido diversas fórmulas para resolver los problemas. Es de sumo interés ver que el pensamiento de Mella en este punto parece de un hombre de nuestro tiempo. Como gestó en su ideario lúminosos criterios en otros órdenes, también en éstos. Ejemplo ilustre de que acierta quien se adhiere a la cátedra de Pedro, “columna et firmamentum veritatis”.

Notorio es el patriotismo de Mella: lo muestra su vida consagrada, sin el menor egoísmo, a procurar con su actuación política el bien de España como él lo entendía, y especialmente lo muestra su obra literaria. ¡Cómo abundan en ella los himnos a su patria! Esos himnos sólo una profunda estimación y un cordial amor pueden inspirarlos.

Quería, pues, que la educación infundiera patriotismo sano en los españoles.

Pero el patriotismo es amor. Amor como el que se tiene a una madre; ante todo, porque es madre y de ella se ha recibido en alguna manera el ser y tantos beneficios en el orden cívico; y después, porque posee tales o cuales excelencias dignas de amor.

Ese amor a la patria es psicológicamente imposible si no se la conoce con la debida suficiencia en su geografía, en su etnografía, en su historia interna y externa, en todas las proyecciones de su vida.

Y como el valor religioso tiene tan gran importancia en esa historia y modo de ser español, por eso el patriotismo para Mella exige el conocimiento de la religión católica y de su influencia en la configuración de nuestra patria y en los hechos de su vida histórica.

Hasta aquí el pensamiento de Mella cuanto al contenido de la educación nacional.

\* \* \*

¿Qué piensa sobre el sujeto del derecho a educar?

Naturalmente piensa lo que la filosofía cristiana, lo que la Iglesia ha pensado siempre y en el último siglo ha precisado con particular claridad y, por así decirlo, ha estereotipado en la famosa encíclica "Divini illius Magistri".

El Estado, como principal tutor y promotor del bien común, ha de procurar que nada se haga ni en la enseñanza ni en los demás órdenes contra las exigencias del bien común, y ha de crear las condiciones necesarias para que los ciudadanos hagan lo que conviene a ese bien común.

A ese efecto ha de ejercer cierta razonable supervisión para descubrir los abusos y corregirlos, ha de coordinar, sugerir, apoyar y estimular las provechosas iniciativas en todas las zonas de la actividad pública; ha de tutelar eficazmente los derechos a enseñar y a educar de los particulares, de los padres de familia y de las demás legítimas instituciones, y, en concreto, tratándose sobre todo de un Estado confesional y católico, los de la Iglesia.

Pero la función de enseñar y educar por sí mismo, esto es, por sus peculiares instituciones, no debe asumirla nunca sino a título de subsidiaridad o de suplencia: cuando sea necesario porque las familias, los organismos privados, la Iglesia no basten, esto es, no puedan dar satisfacción a las exigencias del bien común, o no quieran.

Su política debe ser favorecer, aun económicamente, las escuelas privadas y, en general, las no estatales, de suerte que sean suficientes y no haya necesidad de escuelas oficiales en ninguna zona de la enseñanza. La política contraria de crear dificultades a la enseñanza privada a fin de hacerle imposible la existencia, y sustituirla por la oficial, es contraria a la naturaleza y lesiona gravemente la dignidad y la libertad de la persona.

Podíamos citar innumerables pasajes de Mella que expresan estas ideas con la precisión con que los tratadistas católicos las expresan después de la Enc. *Divini illius*.

"La enseñanza, dice, no le corresponde al Estado. Al Estado le corresponde en la enseñanza, como en todos los órdenes de la vida, como en el comercio, en la agri-

cultura, en la industria, una cierta inspección y vigilancia, y además la cooperación y el fomento de esos órdenes; pero de ningún modo la enseñanza misma, que es función social y no política". (O. C. tomo 19, p. 156-157, y p. 179.)

Doctrina sapientísima que expresa el equilibrio exigido por la naturaleza y por la gracia entre la intervención de la autoridad civil y la libertad, y asegura, en principio, el respeto a la dignidad de persona humana en su individualidad, en sus proyecciones sociales dentro de la familia y de la profesión, y en los diversos campos de su capacidad y de su tendencia asociativa para fines honestos y legítimos.

A los ciento treinta y quizá más años de estatismo liberal — paradoja de un liberalismo enemigo de la verdadera libertad, sobre todo en la zona de la enseñanza — apuntó la aurora de un nuevo día para la educación nacional, con la ley del 1938 sobre la enseñanza media. Esa ley iniciaba la aplicación del pensamiento cristiano propuesto en los congresos nacionales católicos españoles de fines del siglo IX y principios del XX, y divulgado por beneméritos filósofos, publicistas, pedagogos, canoístas y toda clase de apóstoles de la educación cristiana. Insigne es en este aspecto la obra del venerable don Andrés Manjón, que juntó la sabia predicación con la eficaz acción; pero nadie con la elocuencia de Mella se expuso y demostró en el parlamento y en multitudinarias asambleas la doctrina católica.

Era ardua y casi imposible empresa el establecimiento del régimen ideal después de siglo y medio o dos de despotismo y centralismo estatal. Pero el Movimiento nacional la acometió; y gloria suya fue haber iniciado entonces la restauración de la libertad de enseñanza, como lo es al presente haber progresado no poco en ese camino a lo largo de estos veinticinco años; aunque aún estemos alejados de la meta, sobre todo en la enseñanza superior y en bastantes aspectos de la enseñanza media.

D. Juan Vázquez de Mella, que sin duda *vivit in coelo*, sentirá la satisfacción de ver que el pensamiento de la Iglesia, por él siempre defendido e ilustrado, vaya adueñándose de las mentes, hasta el punto de que sea prudente esperar decisivos avances hacia el ideal de la plena libertad cristiana.

E. GUERRERO, S. J.

## ENCICLICA «MATER ET MAGISTRA»

En prensa este número, recibimos la Encíclica MATER ET MAGISTRA conmemorativa del LXXV aniversario de la RERUM NOVARUM. Por la trascendencia de este documento, CRISTIANDAD la publicará íntegra en el próximo número.

# LA CIENCIA Y LA TECNICA EN LA PERSPECTIVA CRISTIANA DEL HOMBRE

Cuando el fundador de la Química moderna, Lavoisier, iba a ser ejecutado, pidió un aplazamiento a la ejecución para poder concluir ciertos experimentos. Mas el presidente del tribunal que le condenó a la guillotina, rehusó la petición, alegando que "la República no necesita sabios"...

Hoy probablemente las grandes potencias, a un condenado de tan singular significación, le prorrogarían indefinidamente la sentencia y le instalarían un laboratorio en su celda para que trabajara en los temas propuestos. Y esto porque actualmente la política, como la industria y el comercio, necesitan de la ciencia para conseguir sus fines, no porque se interesen en la rigurosa finalidad científica, sino porque la aprovechan como una herramienta y en esta función la juzgan indispensable.

Con la anécdota inicial he apuntado algunas vertientes de la ciencia y de la técnica. Pero esta vigencia preponderante de las preocupaciones técnico-científicas nos revela que existe también una vertiente humana, que es la que quiero analizar en este trabajo.

*La Ciencia no es una "potencia de maleficio"*

Ante todo es oportuno corregir un prejuicio que empieza a instalarse en algunas mentes, por efecto de las perniciosas aplicaciones que a veces se hacen de los resultados científicos. Al tocar este punto anticipo la conclusión, de que la ciencia en sí misma no es una potencia de maleficio que seduzca al hombre sin que éste pueda darse cuenta; aunque tampoco, por sí misma favorezca la vida cristiana. Debemos pensar que la ciencia se integra en un orden dentro del cual no es simplemente indiferente ni "neutral", sino que puede recibir una interpretación positiva y este aspecto es el que me interesa subrayar en primer lugar. Es cierto que las aplicaciones técnicas de la ciencia han creado un tipo de concepción de la misma que la desnaturalizan en cierto modo por la primacía que da al aspecto de la *eficacia*. Esta pri-

macía puede borrar en el espíritu del investigador el gusto por la verdad desinteresada y consiguientemente, por la verdad total. El resultado de esta desviación es, a la postre, un olvido del sentido de los fines para recalcar en exclusiva la perfección de los medios. De aquí que la investigación al hacerse cada vez más técnica, se ocupa de verdades más relativas, limitadas a un orden positivo; pero a pesar de ello no dejan de tener relación con la verdad total. Siempre serán válidas las palabras de Pío XII a este respecto: "Es hermoso ver al hombre trabajando bajo la mirada de Dios para organizar el mundo, explotando los recursos siempre nuevos del Universo..." Con estas palabras se ve que los papas lejos de condenar la técnica, la dotan de una gran dignidad poniéndola al servicio del hombre y subordinándola a los fines auténticamente humanos. San Agustín había dicho palabras decisivas al relacionar la búsqueda de la Verdad con el plan divino en la obra de la creación, que, mediante la encarnación del Verbo, realiza la recapitulación de todas las cosas de Jesucristo. "Dios que en el acto mismo de crear dio al hombre poder sobre todas las cosas de la tierra" (Eccl., XVII, 3). ¿Habría retirado su palabra? ¡No, en verdad! Lejos de quitar al hombre el poder de dominar la tierra, se lo confirmó el día en que revistió con carne humana a su Hijo único, habiendo "decidido reunir cuando se cumpliera el tiempo bajo un solo jefe, Cristo, a todos los seres, tanto celestiales como terrenales" (Eph., I, 10.) Pío XII.

Con lo expuesto queda señalada la positiva valoración cristiana de la ciencia. Voy a fijarme ahora en las vertientes que hacen de la misma la política, la industria y el comercio que necesitan de la ciencia para sus fines y la utilizan como una herramienta.

Según datos publicados por la "National Science Foundation", los Estados Unidos gastan en 1961 más de 12 billones de dólares en trabajos de investigación y desarrollo. Si recordamos que en 1953 gastaron algo más de 5 billones, podremos es-

timar el proceso multiplicativo de esta proyección de actividad humana hacia la ciencia. Solamente en la construcción de nuevos laboratorios las inversiones de dinero siguen esta marcha expresada en un cuadro estadístico con datos de la "Manufacturing Chemists Association":

Trienio	Millones de dólares
1957-1959	107,2
1958-1960	157,2
1959-1961	220,5

Esta sumarisima referencia a los esfuerzos e inversiones en la investigación científica en los Estados Unidos, requerirían ser comparados con los respectivos en la Unión Soviética y en otras grandes potencias. Como se carece de estadísticas fidedignas sobre este importante problema, voy a limitarme a la valoración hecha por el profesor François Perroux, profesor del Colegio de Francia sobre las necesidades europeas de técnicos para atender a las exigencias del progreso tecnológico, y a los imperativos estratégicos si es que las potencias occidentales han de mantener equilibrada la competencia con los países comunistas y eventualmente, superarlos también en este terreno. Según este estudio resulta que Francia necesitaba en 1960 unos 22.000 técnicos, deficiencia que irá aumentando hasta 1963. Suiza para esta fecha tendrá que formar doble número de ingenieros, que hasta ahora y Suecia para atender a las necesidades de su industria y del sector público tendrá que aumentar la formación de técnicos de 55 al 65 por ciento.

Francia viene desde 1957 desarrollando planes ambiciosos de formación de técnicos para aumentar en un 50 por ciento el número de los ingenieros formados por las grandes escuelas. Gran Bretaña realiza entre 1958 y 61 un programa para aumentar el número de técnicos y de ingenieros diplomados en un 30 por ciento. A pesar de estos esfuerzos, los estudios de la Organización Europea de Cooperación Económica señalan que los países europeos tienen necesidad de aumentar nota-

blemente el personal científico y técnico porque de ello dependerá toda la estructura económica y social de estos mismos países. Se señala como contraste que la Rusia Soviética y los Estados Unidos de América consagran aproximadamente el 2 por ciento de su renta global a la investigación y el 0,2 por ciento a la investigación fundamental, aunque estos porcentajes se aplican sobre unas rentas nacionales fabulosas que dejan unos resultados del mismo orden, con los que las dos grandes potencias, hegemónicas sobre los dos bloques respectivos, tratan de mantener la mutua competencia mundial.

#### *El Occidente empieza a retrasarse*

Rusia forma por cada millón de habitantes y año una cifra media de 400 técnicos; mientras que los Estados Unidos, solamente 200 y la Comunidad Económica Europea, unos 70. Hay que agregar aquí que los países europeos poco industrializados forman también un muy escaso número de ingenieros y técnicos. Entre 1959 y 1958 Europa se ha retrasado respecto de los Estados Unidos y el Canadá en la formación de personal científico y técnico diplomado. En ese terreno parece que es la Unión Soviética la que marcha ahora en cabeza. En 1957 el número total de ingenieros y científicos de que podían disponer los Estados Unidos y Rusia se establece en el siguiente cuadro estadístico:

	Estados Unidos	Unión Soviética
Ciencias naturales	241.500	120.800
Ciencias de ingeniería	480.000	780.700
Agricultura	158.400	203.800
TOTAL . .	879.900	1.105.300

Los Estados Unidos realizan actualmente tales esfuerzos en este campo que para 1965 calculan salvar el desnivel respecto de la Unión Soviética e incluso adelantarla. Hay que tener en cuenta que Rusia con la concentración autoritaria de toda la enseñanza bajo el control de la Academia de Ciencias de Moscú, que concentra poderes políticos y económicos impone la especialización y la aplicación de las masas es-

tudiantiles a los fines designados. De esta forma el aumento del personal técnico y científico se consigue de la misma manera que determinadas cifras de producción en los planes económicos. Al mismo tiempo que la formación de ingenieros, intensifica Rusia también la de personal especializado de nivel infrauniversitario para cubrir las atenciones de expansión de la influencia rusa en los países subdesarrollados que cada vez necesitan mayor número de técnicos de nivel medio o elemental. También se ha incrementado el número de mujeres inscritas en carreras científicas y técnicas. El cambio de las estructuras sociales ha modificado al mismo tiempo la concepción misma del pleno empleo de los recursos intelectuales de la población.

#### *Los países subdesarrollados necesitan técnicos*

En esta fase de intensa cooperación económica internacional, aumenta naturalmente la demanda de personal técnico para ayudar al desarrollo de los países recientemente emancipados que se encuentran con el grave problema de subvenir con sus propios recursos y producción a las necesidades de la población que con el logro de la libertad exige un superior nivel de vida y son los nuevos poderes los que tienen que atender ahora a esta demanda. Como consecuencia las grandes potencias reciben la constante solicitud de servicios técnicos y científicos para estos países subdesarrollados que interesa atender, porque en la satisfacción de estas necesidades se gana o se pierde no solamente la influencia de los bienhechores sobre los mismos países asistidos, sino la simpatía y la atracción hacia uno de los bloques actualmente en discordia, lo que quiere decir que el problema de la formación técnica tiene incluso una derivación de orden estratégico.

Una información sobre las necesidades y recursos de los países asiáticos en personal científico y técnico efectuado por la UNESCO, arroja el siguiente resultado: la India, poblada con 400 millones de habitantes se encuentra atascada en su desarrollo por carecer de personal técnico suficiente. En 1955 contaba solamente con 25.000 téc-

nicos, frente a 16.000 en 1947. En 1956, en vísperas del primer plan quinquenal habían calculado los economistas que necesitarían 28.300 ingenieros y 49.000 técnicos diplomados. Teniendo en cuenta el número de los que razonablemente pueden irse formando, subsistiría una deficiencia de casi 10.000 entre ingenieros y técnicos diplomados.

En los últimos años se han creado en distintas partes del mundo centros para la formación acelerada de este personal técnico. En las universidades de Dakar y de Tananarivo trabaja Francia intensamente para formar técnicos con destino a sus antiguos territorios coloniales de África. Lo mismo se hace en las nuevas universidades de Abidjan y de Brazzaville. En 1960 había en Francia estudiando en los centros oficiales más de 7.000 estudiantes de origen africano y malgache, de los cuales el 46 por ciento, inscritos en París y el 54 por ciento en universidades y facultades de provincias. El caos que siguió a los primeros momentos de la independencia del Congo, tras de abandonar el país los técnicos belgas y otros extranjeros, certifica esta dependencia de los nuevos países respecto del personal técnico de los países civilizados. Incluso para las tareas administrativas un país reciente como Marruecos necesita formar unos 34.000 funcionarios de los que se pretende que un 70 por ciento sean marroquíes y un 30 extranjeros.

En los últimos años los centros de formación técnica de los países industriales europeos se ven inundados por un número creciente de estudiantes procedentes de países subdesarrollados y, en general, son bien acogidos porque la beneficencia técnica, aparte del valor moral que en sí encierra, redundará en muy sensibles beneficios económicos, pues el personal técnico que ha recibido determinada formación en cierto país sigue ligado a él en toda su carrera profesional y es el principal agente de propaganda de la manufacturas industriales que durante su formación aprendió a manejar. Esto explica el que países como la Alemania occidental lanzados a invertir capitales cuantiosísimos en países subdesarrollados, atiendan con tanto interés y solicitud a este aspecto de la formación de personal

técnica indígena, tanto con facilidades en sus propios centros para los estudiantes extranjeros, como estableciendo centros especiales en los mismos países subdesarrollados a fin de que la enseñanza y preparación que se facilite a los nativos sea lo más conforme posible con las necesidades más perentorias del país elegido.

*Los gastos de educación,  
son inversiones rentables*

Una de las evidencias más firmemente establecidas en esta fase de proyección técnica del mundo contemporáneo que voy analizando, es la de que los gastos que los países dedican de sus presupuestos o de la renta nacional para el desarrollo educativo y la formación técnica, constituye inversiones altamente rentables que se hacen sentir muy pronto en las mismas estadísticas de producción. La investigación es quizá el potencial más dinámico en orden al porvenir del desarrollo económico de un pueblo. En España este aspecto ha sido bastante descuidado por la iniciativa privada y ha tenido por consecuencia una inquietante depauperación de la investigación en nuestras industrias

y como consecuencia, una acrecentada tributación del exterior en materia científica y tecnológica. Parece que al darnos cuenta de esta deficiencia, empiezan ya a estudiarse los correctivos necesarios con cierta urgencia. Sin embargo estamos todavía muy lejos de los países avanzados de Europa a juzgar por un índice de la relación existente entre los gastos públicos de educación y la renta nacional de los diversos países. El índice español de esta relación era en 1955 de 0,96 por ciento, mientras que el europeo era de 2 y de 3 por ciento. Va en cabeza Irlanda —país en vías de desarrollo—, con un 3 por ciento; sigue Suecia, con 2,71 por ciento; Italia, con 2,68; Alemania occidental, con 2,50 por ciento; Bélgica, con 2,44 por ciento; Francia, con 2,25 por ciento; Dinamarca con 1,64 por ciento y Noruega, con 1,51. Nos faltan datos de otros países, como Inglaterra, que debe aproximarse al 3 por ciento, así como de los Estados Unidos, de la Unión Soviética y del Este europeo. Es, no obstante gravemente revesador y depresivo el que Turquía nos aventaje, con un 2,51 por ciento, al igual que Israel, con 2,27; Brasil, con 2,50; Honduras, con 3,82;

Panamá con 3,26 y Perú, con 2,05 por ciento.

En una reciente reunión de jóvenes jefes de Empresas Europeas se expusieron datos relativos a la "descapitalización" que supone la emigración de obreros, especialistas y técnicos, en un país como España tan necesitado de ellos. Los cálculos señalaban que si emigran al año 100.000 hombres de una edad aproximada a 20 años, puede tasarse que para criar, educar y formar a estos hombres hasta esa edad han debido gastarse unas 10.000 pesetas al año, lo que supone 200.000 pesetas por hombre y para la cifra global de 100.000 emigrantes, 20.000 millones de pesetas. Esta emigración constituye una exportación de bienes productivos muy cuantiosos que en los países subdesarrollados sería muy conveniente retener, aún desde el punto de vista estrictamente económico. La necesaria orientación de los planes económicos hacia la creación de puestos de trabajo ha sido analizada en esta misma revista en un número reciente y no quiero fatigar al lector con la repetición de datos o de consideraciones. Me basta remitir al número indicado (véase CRISTIANDAD, n.º 362, correspondiente a abril de 1961, pág. 96, "La economía para el Hombre").

Jesús SAINZ MAZPULÉ

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

*EL EVANGELIO AL AIRE LIBRE*, 12 × 18, 200 pág., por Georges Chevrot. Ed. Herder. Barcelona, 1961.

El Evangelio que Jesús predicó está de acuerdo con la naturaleza humana, que es todas partes idéntica; se dirige y es accesible a todos los hombres de todos los tiempos y de todas las condiciones porque la verdad que encierra sobrepasa a todas las filosofías. El autor de este libro funda la particularidad de su estilo concreto y gráfico en la imitación del proceder de Jesús que, deseando ser escuchado y entendido por todos, usaba un lenguaje espontáneo y directo; recurría a comparaciones tomadas de la vida corriente, y del espectáculo del campo que tenía ante sus ojos, ya que predicaba al aire libre. Georges Chevrot ha escrito otros libros de los cuales éste es continuación, aunque cada uno forma volumen aparte y es independiente de los demás. Aquí trata de las parábolas de Jesús sugeridas por las condiciones de la vida animal y las consideraciones que le inspiraba la naturaleza: los gorriones, el camello, la oveja, palomas y serpientes, perros y cerdos, la gallina y sus polluelos; el sol y la lluvia, el vino nuevo, el agua viva, la cizaña y el trigo; la higuera estéril, la caña quebrada, la vid y los sarmientos, etc., etc., y constituye un resumen de las charlas que monseñor Georges Chevrot, obispo auxiliar de París, pronunció en Radio-Luxemburgo.

L. S.

*TODO ES POSIBLE EN LA TIERRA*, por José M.ª del Milagro, O. P., 14'5 × 11, 8 láminas y 270 págs. de texto. Editorial Casulleras. Barcelona, 1961.

El nombre sólo del autor evoca las audiciones que en su programa religioso de Radio Nacional de España en Barcelona con el nombre: "Cielo abierto", escritas, dichas y rubricadas por él. Esta siembra cotidiana que ha conquistado la atención y el interés y ha merecido la singular distinción del Oscar asignado al mejor programa religioso de España, constituye la mejor recomendación de este libro. Aquí hallará el lector en letra impresa y siempre a su alcance aquella palabra viva y vibrante que impresionó sus oídos y sacudió su espíritu. La necesidad y la eficacia de la oración es el tema del casi centenar de breves capítulos con títulos sugestivos como los siguientes: Alexis Carrel de rodillas; una función vital; perfecto elogio; clave para acertar: la facultad de pedir; motivos de gratitud; el clima de la oración; fecha fija y respuesta pagada; no la técnica sino el espíritu; vitalidad efectiva; la oración por los enemigos, etcétera.

El señor Arzobispo-Obispo de Barcelona, que ha prologado el libro, exhorta al autor con estas palabras: Continúe afanosos derramando su siembra bendita..., aliento de espiritualidad y consuelo de esperanza a los que ya creen o todavía dudan de que "todo es posible en la tierra" para los hombres de oración.

L. S.